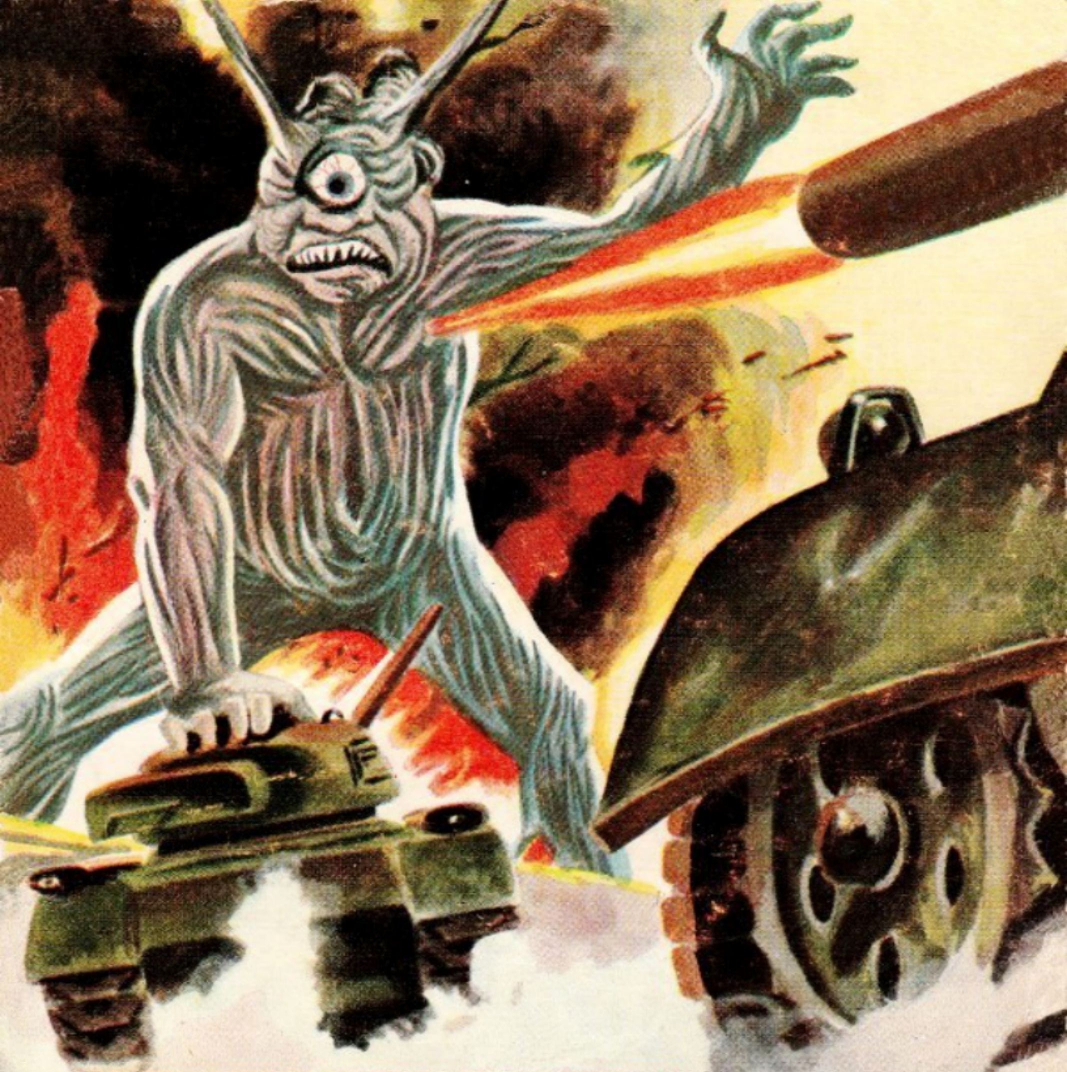

UN MENSAJE EN
el ESPACIO
VAN S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

VAN S. SMITH

# UN MENSAJE EN EL ESPACIO

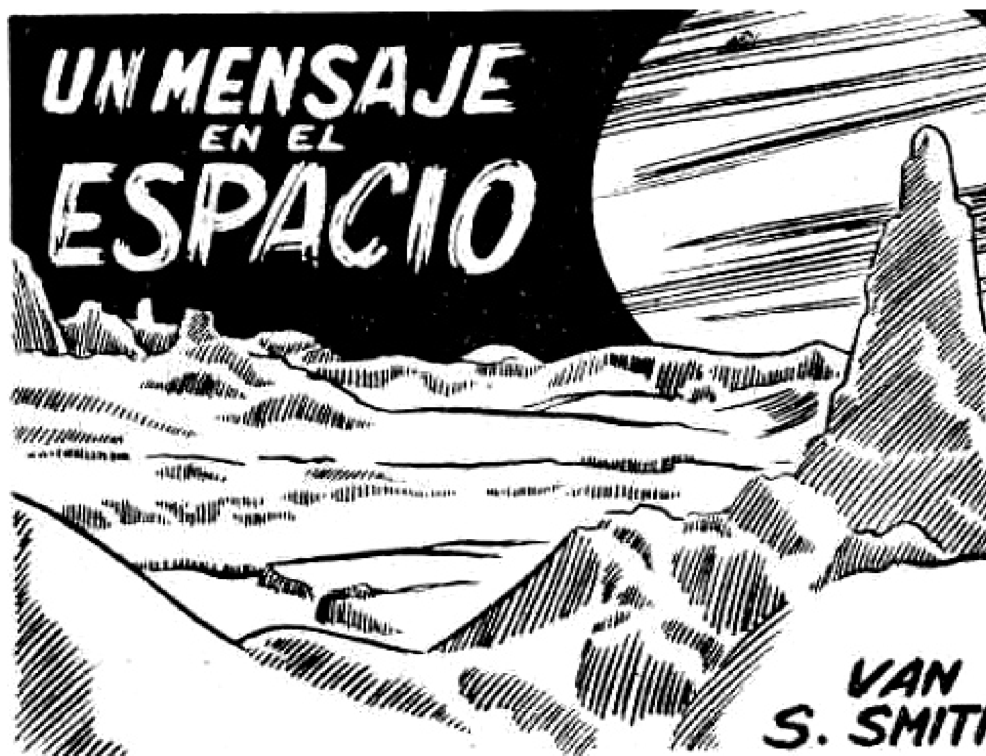


EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Dep. legal V. 236 - 1961
printed in spain
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA
Num. Rgtro.: 27. —1961

# UN MENSAJE EN EL ESPACIO




## CAPITULO PRIMERO

ME llamo Arthur Reinbach. Soy oficial de la Armada de los Estados Unidos. Tengo treinta años.

Como oficial agregado al "Proyecto Ozma", (llamado así en recuerdo de la reina de la imaginaria Tierra de Oz, de la obra de Frank Baum), mi participación en los hechos que se relatan, no fue ni mucho menos la más destacada del equipo. Sin embargo, estuve, como si dijéramos, en el meollo del asunto desde el principio, lo cual hace que pueda hablar con autorizada voz de los acontecimientos que por espacio de dos semanas tuvieron al mundo pendiente de lo que nosotros hacíamos cada minuto.

En octubre de este año, nuestro equipo se hallaba desarrollando con toda normalidad el llamado "Proyecto Ozma", que como todo el mundo sabe estaba destinado a explorar el espacio cósmico en busca de señales de vida.

Muchos detractores había tenido nuestro proyecto. Desde que se

dio a conocer nuestro plan, debido a una indiscreción de cierta famosa periodista de "Life", la correspondencia diaria había traído hasta los organismos responsables una montaña de cartas de protesta.

La mayoría procedían de honrados contribuyentes, quejosos del destino absurdo que se estaba dando al dinero de la nación, pero también las había de individuos irascibles, redactadas en términos insultantes, a veces amenazadores.

En general, al hombre medio americano (y no digamos de los analfabetos, que por fortuna no nos escribían cartas), se le antojaba una chifladura llevada al extremo de la ridiculez, esto de montar un costoso equipo y dedicarlo al disparatado proyecto de buscar un indicio de vida en las estrellas.

Muchas de estas personas, con entera buena fe, estaban de acuerdo en que los americanos debíamos fabricar cohetes mejores y más grandes que los rusos, para llegar antes a la Luna. En esto, nuestros dignos contribuyentes veían al menos un resultado inmediato; un motivo de prestigio para el país, ¿Pero qué ventaja práctica se iba a obtener, pongamos por ejemplo, del hecho de registrar en nuestras cintas magnetofónicas los balbuceos ininteligibles de una remota civilización que nos ignoraba?

Yo ahora, voy a permitirme la libertad de dar una breve réplica a aquellos de nuestros ciudadanos que piensan así.

Voy a sugerirles que se detengan a pensar, y me digan si realmente hay ninguna utilidad en construir una nave del espacio capaz para llevar uno de nuestros pilotos a la Luna. Sabemos que en la Luna no hay nada, ni hombres, ni animales, ni plantas, ni aire. El hombre que vaya allí no podrá permanecer mucho tiempo contemplando tan espantosa desolación.

Supongamos que ha ido. Y ha vuelto. ¿En qué se ha beneficiado nuestro país?

La respuesta es que, aparte el prestigio que semejante hazaña reporte a los Estados Unidos, el hombre habrá realizado uno de sus más largos sueños: abandonar la Tierra y sentir que ha vencido las formidables fuerzas de la naturaleza que le mantienen prisionero del planeta donde habita.

Nuestra conquista de la Luna, es en realidad un ensayo para otra serie de conquistas a mayor escala: el viaje espacial a Marte y la exploración del misterioso Venus. Hace tiempo que queremos ir allá. ¿Por qué?

En el fondo de este impulso por explorar los planetas vecinos, se encuentra una esperanza que el hombre formula desde hace siglos.

Hace ya dos mil años, los pensadores griegos examinaron la posibilidad de que la Tierra no fuese el único mundo habitado.

Desde entonces, el hombre no ha dejado de preguntarse si tendrá parientes, iguales o distintos a él, en las estrellas lejanas que ve a través de ese océano gaseoso llamado atmósfera, que es su elemento natural.

La curiosidad es connatural a la naturaleza del hombre, y esta curiosidad le impulsa a vencer obstáculos cada vez mayores, a construir cohetes y a intentar el salto a la Luna, a Venus y a Marte.

Pues bien, si estamos haciendo todo eso para comprobar la inhabitabilidad de los planetas más próximos a nosotros, y estamos gastando en ello enormes sumas de dinero ¿qué hay de malo en apuntar nuestros radiotelescopios más lejos, en un esfuerzo por registrar indicios de vida en rincones del Universo donde no alcanzan siquiera nuestros más potentes telescopios?

Hasta no hace mucho, creíamos tener pruebas de que los habitantes de la Tierra éramos los únicos seres racionales en el universo, pues se suponía que la creación de la vida requería una combinación de circunstancias muy difícil de lograr. Por el contrario, recientes descubrimientos en el campo de la astronomía, la química y la física, demuestran que es muy posible que existan otros seres inteligentes en el Cosmos.

El concepto de que el planeta era un fenómeno rarísimo que sólo excepcionalmente se encontraba en alguna galaxia, se basaba en la teoría de que nuestro Sol y otra estrella se rozaron al cruzarse en el espacio, desprendiendo glóbulos de polvo y gas que formaron la Tierra y los demás planetas de nuestro sistema.

Ahora, la nueva teoría afirma que nuestro Sol y todas las demás estrellas se formaron por la contracción causada por la gravitación del polvo y los gases interestelares. Durante los largos milenios de la creación, el Sol, al girar, desprendió una pequeña parte de su materia que formó los planetas. Este, lejos de ser un fenómeno aislado, pudo haber ocurrido también a muchas estrellas. Se calcula que existen más de 100 trillones de estrellas. Y los espectroscopios, que pueden descomponer y analizar la luz, indican que el diez por ciento de todas las estrellas son de composición idénticas a la de nuestro Sol.

He aquí pues que para empezar, nuestro "Proyecto Ozma" contaba con un número muy crecido de estrellas para explorar. Pero todavía, para reducir este número, sometimos a estos astros posibles padres de planetas a un proceso selectivo basado en la siguiente teoría:

Actualmente, nuestro Sol tiene un movimiento de rotación relativamente lento. Esto al parecer se debe a que al desprenderse de él los planetas, éstos se llevaron consigo parte de la energía que impulsaba la rotación original.

Es posible, pues, que la rotación lenta de una estrella sea un indicio de que va acompañada por un grupo de planetas.

El doctor Su-Shu Huang, físico de la Dirección Nacional de Aeronáutica y del Espacio Sideral, ha ideado una fórmula que, tomando en consideración el tamaño, la temperatura y la edad de una estrella, indica donde existen las condiciones más apropiadas para cierta clase de vida racional.

Aplicando esta fórmula a las 41 estrellas más próximas a nosotros, Huang encontró dos soles que al parecer reúnen condiciones favorables al florecimiento de vida planetaria a su alrededor. Son estas estrellas: Epsilon Eridani, a una distancia de 10'8 años luz, y Tau Ceti, a 11'8 años luz.

Sobre estas teorías científicas, la Armada de los Estados Unidos decidió crear a sus costas un equipo de sabios, científicos y técnicos, para que con el auxilio del mejor material de investigación que disponemos en la actualidad, procediese a la exploración sistemática del espacio, al acecho de una señal que pudiese interpretarse como un intento hecho por una raza inteligente de hombres para ponerse en contacto con el resto de los habitantes del Universo.

¿De qué naturaleza habría de ser esta señal?

Habría de ser una señal de radio, por supuesto. Pero existía también una posibilidad de que se utilizase otro medio, asequible incluso para nosotros tal como se encuentra desarrollada nuestra técnica actual.

El medio que los presuntos habitantes de los planetas de Epsilon Eridani o Tau Ceti podían utilizar, además de la radio, sería un satélite artificial girando en una órbita alrededor de nuestro Sol.

Existían fundamentos para sospechar que hubiese un satélite artificial girando alrededor del Sol, y he aquí por qué.

En ciclos regulares de siete años, en 1939, 1946 y 1953, misteriosos impulsos de radio habían estado llegando hasta los aparatos receptores de la Tierra. En 1953, especialmente, un hecho había ocurrido que atrajo la atención de nuestros entendidos en electrónica. En este año, varios cientos de televidentes de todos los Estados Unidos, quedaron sorprendidos al recoger en sus pantallas un programa de televisión inglés.

Pero el asombro de los técnicos fue todavía mayor cuando, al

hacerse las correspondientes averiguaciones, se supo que aquel programa había sido dado en efecto por la emisora anunciada... ¡pero hacía siete años!

La pregunta que se hicieron los técnicos fue ésta: ¿Dónde habían estado aquellas imágenes durante estos siete años?

Las respuestas que se dieron fueron varias, y ninguna satisfactoria. En 1953 el primer "Sputnik" ruso todavía no se había encaramado al espacio, y la posibilidad de crear un satélite artificial era sólo un proyecto en unas pocas mentes privilegiadas del estilo de la de Wernher von Braun. Después de octubre de 1957, la mentalidad entera del país cambió, incluso la de los hombres que pudiendo haber ordenado a von Braun la construcción de un satélite artificial rechazaron las ideas de este ingeniero eminente, alegando la inutilidad que tamaño proyecto representaría para los Estados Unidos.

Después de 1957, todas las ideas contenidas en los cerebros de nuestros técnicos, ingenieros aeronáuticos y científicos, fueron llamados a cooperar en los nuevos planes para la conquista del espacio exterior. Proyectos que sólo un mes antes del lanzamiento del "Sputnik" hubieran sido rechazados por absurdos, o impracticables o demasiado caros, hallaron súbita cabida dentro de la vastedad del programa que se iniciaba en medio de una explosión de entusiasmo.

Entonces también nació el "Proyecto Ozma".

Nuestro laboratorio se hallaba emplazado en un tranquilo vallecito de Virginia del Oeste. Se escogió este lugar porque está relativamente apartado de los parajes donde hay interferencias de origen humano. A la vez, quedábamos a sólo una hora de vuelo en helicóptero de Washington, donde estaban centralizados todos los servicios de la Marina, así como los dependientes de la Dirección Nacional de Aeronáutica y del Espacio Sideral.

Aunque éste era un servicio cié la Marina, muy pocos marinos trabajábamos allí. Había personal civil, y también empleados del Observatorio Radioastronómico Nacional. Además teníamos un plantel de jóvenes científicos de la Universidad de Michigan, trabajando por cuenta de la Armada.

Visto desde el aire, como yo lo vi por primera vez, nuestro observatorio no se diferenciaba apenas de cualquiera de las granjas de los alrededores. La casa principal donde nos alojábamos había sido en realidad una granja. Cerca de allí, coronando una casamata de hormigón, destacaba la gran antena parabólica de nuestro radiotelescopio de 26 metros de diámetro, apuntando hacia el cielo

oriental.

Para darse una idea de lo que es el radiotelescopio, puede imaginarse como un receptor de televisión enorme. Este nuevo "oído" electrónico puede enfocarse a las ondas de radiación que emite casi cualquier objeto del universo que tenga una temperatura superior a los 273 grados centígrados bajo cero, o sea, por encima del cero grados "absoluto". Consta de una gran antena en forma de plato, que capta las señales cósmicas, y un receptor que las recoge y amplifica. Sentado ante una gran pantalla de televisión, con los auriculares encasquetados, nuestro operador ve a la vez que oye las señales que le llegan del Cosmos. (Más bien las ve). A su alcance tiene un equipo de grabación magnetofónica. El resultado de todo esto es un gráfico para su estudio final.

—Si llegásemos a recibir una señal artificial del espacio—me dijo el joven profesor Merrill de la Universidad de Michigan—se manifestaría como una curva adicional entre los trazos causados por el ruido natural de las estrellas.

Esto ocurría el mismo día que llegué al observatorio.

Como oficial de transmisiones de la Armada, yo sabía casi cualquier cosa que tuviese que ver con la radio, la televisión o el simple y elemental telégrafo. Pero nunca había trabajado en un radiotelescopio.

Por esto me mandaron a Virginia del Oeste.

Dentro del programa de exploraciones espaciales emprendidas por la Marina, nos habían prometido un nuevo receptor de 43 metros para diciembre. La gran antena parabólica de 183 metros (2.000 toneladas de acero) quedaría lista para 1962. La Marina, por lo tanto, necesitaba adiestrar su propio personal en el manejo de estos gigantescos complejos electrónicos, supliendo con sus hombres a los científicos que habíamos tomado prestados de las universidades más prestigiosas del país.

Aunque no estaba muy versado en asuntos cósmicos, para mí fue una experiencia inolvidable aquella que sentí la primera vez que me encasqueté los auriculares ante el "gran ojo", que era como llamábamos a la gran pantalla del televisor.

En realidad apenas si oí nada. Solamente una especie de siseo, como de varias personas que mantienen una conversación de oído a oído, a distancia, en una habitación grande y vacía. Lo emocionante no era el ruido en sí, sino saber que este cuchicheo había salvado distancias realmente gigantescas, del orden de los ciento o mil años luz, antes de llegar a nuestro receptor. Muchas de estas ondas habían estado viajando a velocidades astronómicas desde la Guerra

de Secesión, y otras habían iniciado su largo viaje mientras se celebraban las honras fúnebres del faraón Ramsés II.

—¿Cuántas probabilidades tenemos de registrar alguna señal lanzada por alguna raza de hombres inteligentes?—le pregunté a Merrill.

Merrill sonrió con tristeza. Tenía un rostro pálido, delgado y melancólico.

—Muy pocas en realidad. Considere que nosotros acabamos de empezar a escuchar, mientras que pueden haber transcurrido siglos desde que "ellos" se cansaron de emitir. Sí, es muy posible que durante mucho tiempo los seres de una civilización más avanzada que la nuestra hayan esperado el desarrollo de la ciencia cerca de nuestro Sol, dejando establecido un canal de comunicación y aguardando pacientemente señales de contestación que les anuncie la entrada de una nueva sociedad en la comunidad de la vida inteligente. De todos modos, señor Reinbach, éste es un trabajo que requiere suma paciencia. En el supuesto que nosotros lanzáramos una señal al espacio, dirigida a las estrellas más cercanas, esa señal tardaría doce años en llegar a los receptores de los planetas de Tau Ceti, y otros doce años en llegar hasta nosotros la contestación de nuestros semejantes.

—O sea, que yo tendría cincuenta y seis años cuando esa respuesta llegara por fin a nosotros, y seria un anciano con hijos muy mayores e incluso nietos —dije sintiéndome muy impresionado —. Temo que este trabajo no me cuadre muy bien a mí.

Mi trabajo comenzó al día siguiente de mi llegada. Todas las noches, por espacio de diez horas, desde el anochecer al alba, nuestra antena parabólica de 26 metros era apuntada hacia alguna de las estrellas en un radio de 15 años luz de la Tierra.

Aunque llegué lleno de escepticismo y desconfianza, he de confesar que al poco tiempo me había dejado ganar del entusiasmo de mis compañeros, entre ellos el profesor Merrill y el profesor Harold Wichers, ambos de la Universidad de Michigan. Así, cada tarde después de comer, cuando al poner el sol nos dirigíamos al observatorio y poníamos en marcha el servomotor que hacía desplazar lentamente nuestra gran antena, yo me sentía contagiado de la emoción de mis jóvenes compañeros, siempre esperando que aquella noche sería la definitiva y acaso lográramos registrar la primera voz inteligente que había de llegarnos de las estrellas.

Esto duró algunos meses, todos los del verano. Luego, a la entrada del otoño, caí en la apatía y el aburrimiento. Ya ni siquiera bastaba a animarme la presunta existencia de un satélite artificial

de origen extragaláxico girando en una órbita alrededor del Sol, tal vez conteniendo un mensaje para el que nuestros torpes oídos habían permanecido sordos hasta ahora.

Yo, la verdad, ni creía en este mensajero cósmico, ni en la existencia de una remota civilización en un alejado rincón del Universo. Hasta que una noche, habiéndome correspondido el turno de vigilancia al receptor…

# CAPITULO II

BUENO, yo ya hacía tiempo que había dejado de mirar al receptor con aquella insistencia impaciente de los primeros días. Los sargentos Gingras y Beatón de la Marina se hallaban ante el aparato, los dos con los auriculares calados, silenciosos y aburridos.

Cualquiera que posea un receptor de televisión ha asistido, tal vez sin saberlo, a una de estas sesiones de ruidos cósmicos. En un receptor de televisión se ve y se oye parte de este ruido de las ondas cósmicas, como un siseo de fondo que forma una especie de nieve en la pantalla. En el cristal mucho mayor de nuestro receptor, estas ondas forman una serie de líneas finas que se agitan cuando el altavoz carraspea.

Resulta fatigoso estar mirando mucho tiempo esta pantalla.

Mientras yo en una butaca contigua leía un interesante trabajo sobre cibernética, un débil sonido parecido a un pitido sostenido se dejó oír en el altavoz.

Gingras me llamó:

—¿Quiere ver esto, teniente Reinbach?

Me volví. El pitido se repitió y en la pantalla una línea ondulada se movió vibrante durante un segundo. Se produjo una pausa de ocho segundos. Luego de nuevo el débil pitido hizo ondular las líneas brillantes que surcaban la pantalla.

No sentí ningún aceleramiento en los latidos de mi corazón. Habíamos registrado con anterioridad pitidos parecidos a éste, procedentes de los satélites artificiales puestos en órbita alrededor del Sol. La señal que acabábamos de registrar difería de aquéllas, es cierto. Sin embargo hubiera sido absurdo atribuir de buenas a primeras esta débil señal a causas extragaláxicas.

—Conecten el equipo de grabación magnetofónica —dije mientras salía en busca de los profesores Merrill y Wichers.

Este fue el modesto comienzo del "asunto".

El pitido no sólo se repitió, sino que estuvo sonando toda la noche a intervalos regulares de ocho segundos. Medimos su intensidad y su frecuencia.

—Demasiado claro y potente para venir de las estrellas— convinimos después de estudiar el diapasón de aquella señal misteriosa.

—Y demasiado débil para un satélite artificial ruso o americano

—dijo Wichers.

—Además, que no tenemos ningún satélite dando esa clase de señales en la actualidad—dije yo.

Yo creo que en el pensamiento de Wichers y Merrill estaba el mensajero cósmico de cuya existencia tanto habíamos discutido, pero ninguno dijo nada. Solamente aquella mañana, mientras desayunábamos con los ojos fatigados a fuerza de mirar la pantalla del televisor, se atrevió Merril a insinuar:

—Parece como la señal de espera de una emisora de radio.

Después de esto nos fuimos a acostar y así terminó nuestra jornada de trabajo.

La puesta del sol nos reunió a todos en el comedor de la vieja granja que utilizábamos como cuartel. Siempre esperábamos hasta después de anochecido para orientar nuestra antena parabólica y comenzar la escucha, pues las tormentas eléctricas procedentes de la corona solar causaban interferencias y grandes perturbaciones en un aparato tan sensible como es un radiotelescopio.

Las doce horas que habían transcurrido desde el amanecer nos deparaban una sorpresa. Apenas nuestro receptor se hubo calentado, después de breve y ansiosa espera, el tornavoz dejó oír perfectamente claras y potentes las mismas señales debilitadas de la noche anterior.

—No es una señal procedente de las estrellas—dijo Merrill poniéndose colorado.

Wichers dijo:

—Podría ser un satélite artificial. Parece que se está aproximando muy de prisa a la Tierra.

Todos guardamos un minuto de silencio mientras seguían sonando las señales.

—Vamos a tratar de fijar su coordenada a la medianoche y la compararemos con la de mañana a la misma hora—dijo Merrill muy excitado.

Esta tarea recayó sobre mí. Moviendo arriba y abajo nuestra antena de 26 metros, utilizando el radiotelescopio a modo de gigantesco radiogonio, a fuerza de paciencia y tanteos, logramos fijar la posición del aparato transmisor que nos estaba mandando las señales.

Al amanecer, cansados y muy excitados, nos reunimos todos alrededor del desayuno. Utilizando la misma mesa, Merril redactó un telegrama para él Observatorio Radioastronómico de Howell, en Gran Bretaña.

—Ellos probablemente habrán escuchado esas señales también-

—nos dijo Merrill.

Sin haber tocado apenas el desayuno, Merrill tomaba poco después el helicóptero del observatorio y se trasladaba a Washington para dar cuenta personalmente de nuestro descubrimiento.

Cuando regresó aquella tarde, le acompañaba el almirante Hesser.

Jim Hesser, hombre corpulento, rudo y cordial, era el encargado de nuestro programa de investigación y del "Proyecto Ozma".

Mientras el almirante me saludaba a mí, Merrill sacaba del bolsillo un arrugado papel de telegrama y se lo entregaba a Wichers. Tuve ocasión de ver este telegrama después. Procedía del Observatorio Radioastronómico de Howell y en él daban cuenta los ingleses de haber captado también las señales que tanto nos estaban intrigando a nosotros.

A mí, personalmente, la visita del almirante me pareció un poco prematura, aunque luego resultó que no fue así. La conversación durante la comida, como era de suponerse, versó sobre las misteriosas señales de radio que habíamos escuchado dos noches seguidas. Ignoro por que causa se aferraban Merrill y Wichers a la creencia de que estábamos escuchando las señales de "espera" de un transmisor situado a bordo de un satélite artificial de procedencia extraterrestre.

La respuesta, posiblemente, fuera que tanto Merrill como Wichers eran dos científicos muy jóvenes. Merrill sólo tenía treinta años, y Wichers menos todavía, veintinueve. Dos sabios melenudos, cargados de años y experiencia, no se habrían aventurado a proclamar suposiciones que los exponían al ridículo.

Tal vez ni Wichers ni Merrill lo hicieran años después.

Aquella tarde los dos eran todavía jóvenes, y como tales hablaban llenos de entusiasmo y excitación.

Hesser que tenía muchas horas de vuelo en la vida, era más cauto y se limitaba a gruñir y hacer preguntas. Una de las preguntas que hizo Hesser fue ésta:

—Supongamos que un satélite artificial se está aproximando a la Tierra. No se trata de un artefacto construido en este mundo, sino producto de alguna remota sociedad que lo disparó hace quizás doscientos o mil años con un mensaje de salutación para los habitantes de los planetas que giran alrededor de nuestro Sol. Si ese satélite contiene un mensaje para nosotros ¿creen que lo soltará automáticamente al pasar junto a la Tierra? ¿O tal vez, poniendo a prueba la capacidad e inteligencia de nuestra civilización, el satélite

espera le transmitamos una señal que activará el mecanismo que nos mandará palabras y quizás imágenes televisadas?

Era una pregunta para poner á prueba la imaginación del más imaginativo de los sabios.

Merrill ya debía haber estado meditando en esto, pues contestó sin titubeos:

—Probablemente el satélite esperará alguna señal de contestación antes de ponerse a transmitirnos su mensaje. Consideremos que ese artefacto no alcanzó ayer su órbita alrededor del Sol. Puede haber llegado aquí cuando Atila asolaba con sus huestes las tierras de Europa, o cuando el "Mayflower" arribaba a las costas de Norteamérica con los primeros colonos ingleses, mucho antes o tiempo después, y durante todo ese tiempo ha estado pasando cada siete años cerca de la Tierra, esperando una señal anunciadora de que ya estamos en condiciones de recibir su mensaje. Si las criaturas que crearon ese satélite previeron lo que aquí podía ocurrir, seguramente dispusieron que los aparatos transmisores de su artefacto no se desgastaran inútilmente transmitiendo un mensaje que nadie podía escuchar.

—De todos modos los han estado desgastando marcando constantemente esa señal de espera—apunté.

—No sabemos si la señal que estamos escuchando ahora es constante o periódica—repuso Merrill—. Posiblemente haya a bordo del satélite un dispositivo que, activado por las radiaciones infrarrojas al acercarse a un planeta, ponga en marcha la señal de espera hasta que éste quede de nuevo interrumpida al alejarse de la Tierra.

—En ese caso hay un dispositivo para poner en marcha otro dispositivo, y ese dispositivo primario ha estado funcionando constantemente.

Merrill me dirigió una mirada asoladora. Sin responder a mi sugerencia se volvió de nuevo hacia el almirante Hesser, el cual le preguntaba:

—¿Qué clase de clave cree usted que hayan podido emplear los habitantes de otro planeta para que al responder a ella nos haga su mensajero el don de la confidencia?

—Bueno, yo creo que podrían utilizar los símbolos presuntamente universales de la ciencia, tales como las coordenadas de un cuadrado simple o la tabla periódica de los elementos químicos. Ninguna raza inteligente que haya construido un satélite sería tan estúpida de creer que les íbamos a entender en su lengua nativa.

Wichers dijo entonces:

—Si nos enviaran una imagen televisada acompañada de una palabra, entonces quizás pudiéramos componer a modo de un diccionario con el que logremos entender cualquier mensaje hablado que nos envíen después.

El sol se hundía en este momento detrás de las montañas que encajonaban nuestro vallecito. El almirante Hesser se puso impacientemente en pie.

—Ya es hora. Vamos allá.

Nos trasladamos en grupo al observatorio.

Había expectación en los rostros de todos los presentes, y confieso que involuntariamente me contagié de ella. Pusimos a funcionar el receptor.

Apenas las válvulas se hubieron calentado lo suficiente, empezamos a ver, y simultáneamente a oír, una serie de señales, que eran muy distintas de las registradas la noche anterior.

—"Bib bib bib bib"—hacía el misterioso trasmisor. Venía una pausa de ocho segundos, y de nuevo se repetía la señal con intensidad y períodos iguales—:' "Bib bib bib bib"…

—¡Han empezado a darnos su clave!—exclamó Wichers en el colmo de la excitación.

—Y nos hemos perdido el comienzo de ella—dijo Hesser soltando un juramento muy propio de un viejo marino—. ¡Pronto, registren en los magnetófonos esas señales!

Las señales eran ahora tan potentes que tuvimos que bajar su diapasón. Los aparatos de grabación magnetofónica habían comenzado a funcionar. La cara del almirante estaba coloradota y le brillaba de sudor.

—Tome una coordenada ahora, Reinbach—me dijo— ¿Sin esperar a las doce?

—¿Qué importa eso?—me repuso dando muestras de exasperación—. Tomaremos una ahora, y otra a las doce si tiene empeño en ello.

Los "bib" continuaban claros y agudos mientras yo hacía funcionar el motorcito eléctrico que movía nuestra antena parabólica en dos sentidos: arriba y abajo y alrededor de su eje. Mecánicamente me puse a contar los impulsos eléctricos que estaban saliendo de nuestro receptor.

Conté dos series de a cuatro, cada una separada por una pausa de ocho segundos. Después de otra pausa, los "bib" recomenzaron de nuevo y conté ocho seguidos.

El trabajo que estaba haciendo me distrajo después, ya que no

me era posible contar los impulsos y al mismo tiempo afinar el oído hasta encontrar esa ligerísima variación de intensidad que indica que nos estamos aproximando o alejando del transmisor cuya dirección deseamos averiguar.

Ya casi creía tener bien enfocada la antena, cuando los pitidos cesaron de pronto. Wichers, Merrill y Hesser se miraron entre sí. Luego el almirante dirigió la fulminante batería de sus ojos contra mí.

—¿Qué ha hecho usted, teniente?—gritó.

—-No he hecho absolutamente nada—me disculpé.

—Pues no ha dejado usted de tocar botones aquí y allá. Y la transmisión ha quedado interrumpida en seco.

—No es culpa mía ni del receptor—repuse sintiéndome ofendido en mi prestigio profesional—. ¿No se les ha ocurrido que ese dichoso satélite haya podido dejar de dar señales?

Pronto quedó demostrado que así era, al volver a escucharse el pitido agudo y claro del transmisor del satélite. Esta vez fue un solo "bib" largo. Se produjo una pausa, y luego se escucharon dos pitidos cortos, seguidos de un silencio de ocho segundos y otras dos pulsaciones.

—La transmisión sigue—dijo Wichers—. No se ha interrumpido, sino que al parecer ha comenzado con otra serie de la clave.

Dijo Hesser, nuevamente animado:

—Esperemos que los creadores de ese satélite no nos hayan puesto una clave demasiado enrevesada. ¿Va entendiendo usted algo, Merrill?

—Todavía es pronto para intentar siquiera descifrar esa clave. No la hemos registrado completa. Esperemos que la repita varias veces.

Dejando a Merrill, a Wichers y a Hesser que se las compusieran con la clave, me senté ante mi tablero y me puse a trabajar. Averigüé que el supuesto satélite se había movido nueve grados al Oeste, lo cual me sirvió, tomando la coordenada de los observadores británicos, para establecer su velocidad en unas 50.000 millas horarias, milla más, milla menos.

El artefacto, pues, viajaba bastante aprisa.

Se lo comuniqué al almirante, porque el almirante era mi superior en aquellos momentos. Hesser estaba demasiado ocupado escuchando las señales misteriosas y ni me prestó atención. Entonces, yo puse atención a los pitidos.

Me sorprendió que estuviera de nuevo dando una serie de cuatro impulsos, interrumpida por una pausa y seguida de otra serie de

ocho pitidos.

En dos minutos aproximadamente, nuestro receptor dejó oír ocho series de ocho impulsos, separadas cada una por una pausa de ocho segundos. Cuando después de la última pausa recomenzó una serie de diez pitidos, tuve el convencimiento de que estábamos perdiendo el tiempo.

— Ya hemos escuchado toda la clave completa—dije—. Estamos volviendo a lo que oímos antes.

—¿Cómo lo sabe usted?—me dijo Merrill volviéndose a mirarme con expresión sobresaltada.

El sobresaltado fui yo por la actitud de él. Repuse:

—Pues sencillamente, porque conté el número de señales de antes, y veo que volvemos a las mismas series.

—¿Está seguro?

—Va a verlo usted. Ahora enmudecerá la emisora, luego sonará un zumbido prolongado y empezará una serie de dos pitidos que repetirá dos veces.

En este momento el transmisor completaba la última serie de diez impulsos. Enmudeció, sobrevino un silencio, y luego se escuchó un zumbido largo. En seguida comenzó de nuevo con los dos "bibs" cortos, seguidos de una pausa y otros dos "bibs" idénticos a los anteriores.

El éxito me envaneció tanto que aseguré, a riesgo de meter la pata si me equivocaba:

—Ahora recomienza con la serie de los tres.

Acerté también esta vez.

El almirante dijo con acento decepcionado:

—Así pues, la clave es mucho más corta de lo que nos habíamos figurado. Señor Merrill ¿no le dice nada a usted esa serie de números?

Merrill repuso vacilante:

—Me gustaría escuchar de nuevo la clave completa. Todos los números, puestos correlativamente, deben dar una cifra con un significado que habremos de comprender.

Dije yo:

—Entonces escriba usted un uno, dos doses, tres treses, cuatro cuatros, ocho ochos, y diez dieces.

—¿Qué diablos puede significar una cifra así de larga?—murmuró Hessel.

Todos quedamos pensativos. Merrill debía pensar en las coordenadas del cuadrado simple. Wichers tal vez pensara en la tabla periódica de los elementos químicos, mientras yo le daba

vueltas al asunto enfocándolo bajo un punto de vista más elemental. Mi reflexión fue que unos hombres que nos habían enviado un mensajero automático, no complicarían la cosa al extremo de hacer de su clave un galimatías indescifrable, ni de su máquina un objeto inaccesible sólo a mentes privilegiadas.

Un mensaje universal era el de la aritmética. En cualquier parte del Cosmos, dos y dos eran cuatro, como cuatro y cuatro eran ocho... Inmediatamente comprendí que estaba sobre la verdadera pista. Y de repente, la solución se me apareció con la claridad deslumbradora de un rayo de sol. Me di un cachete en la frente.

— ¡Ya está!

Todos los ojos se volvieron interrogantes hacia mí.

—Creo que ya tengo la clave del enigma—proseguí diciendo, supongo que excitadamente—. Es tan sencillo como un juego de niños... ¿qué digo? Todos de niños hemos practicado esta especie de juego. ¿Se acuerdan? "Llenar con una vocal o consonante, según corresponda, los lugares donde faltan hasta completar la palabra".

Wichers y Merrill comprendieron en seguida. Hesser tardó un poco más. Y era natural que fuese así, pues Hesser ya era un hombre de edad, mientras que los otros no hacía tanto tiempo que todavía andaban a manos con la primera cartilla escolar.

— ¿Qué es eso de llenar con vocal o consonante los lugares donde éstas faltan?—interrogó Hesser mirándome escandalizado.

—Es muy sencillo, Almirante. El satélite nos ha mandado cuatro números primeros en cuatro consecutivas series. Primero el uno. Luego el dos, repetido dos veces. A continuación el tres, repetido tres veces, y luego el cuatro, cuatro veces machacado. El número que viene a continuación no es el cinco, sino el nueve. Repite nueve veces ese número, y luego repite diez veces el diez. Faltan las series de los números cinco, seis, siete y ocho. ¿Lo ve claro ahora?

—Sí—repuso el Almirante. Añadiendo—: Pero me parece demasiado sencillo.

—En efecto, es muy sencillo—dijo Merrill con los ojos brillantes de animación—. Tan sencillo y fácil de comprender como los creadores del satélite quisieron que fuese a fin de asegurarse nuestra comprensión.

—Muy amables por su parte—refunfuñó Hesser, evidentemente decepcionado—. ¿Entonces suponen ustedes que si nosotros les enviamos la serie de los números que faltan...?

—Probablemente eso es todo lo que hace falta para que el satélite nos conteste empezando a trasmitir imágenes televisadas—dijo Merrill y se volvió hacia mí—: Le felicito por la prontitud con

que vio la solución del problema, Reinbach.

—No tiene importancia—dije, y sentí que me ponía colorado.

Hesser, reponiéndose lentamente de su sorpresa y decepción, murmuró para sí, aunque lo suficiente alto para que todos pudiéramos escucharlo:

—Después de todo, la clave era lo de menos. Lo importante es que en este planeta tengamos radio para contestarles. "Esa" es la única condición previa que "ellos" nos impusieron a los habitantes de estos planetas. ¿Digo mal?—acabó diciendo mirando a Merrill y Wichers.

Merrill contestó:

—Es muy posible que ese satélite lleve siglos visitándonos en períodos regulares, esperando que en alguno de estos planetas los hombres alcancen un grado de desarrollo técnico y científico que los prepare para entender el mensaje que él está pronto a enviarnos. En consecuencia, la clave es de importancia secundaria, comparada con los medios que hemos tenido que poner a punto para darnos cuenta de su presencia primero, y para interrogarle y registrar lo que nos dice, después.

—Le contestaremos como él espera que lo hagamos—dijo el almirante resueltamente. Miró a su alrededor, como buscando los medios que nos faltaban para esta empresa—. Traeremos aquí una emisora móvil y nos prepararemos para escucharle mañana mismo.

# CAPITULO III

UN temor constante nos estuvo preocupando todo el día siguiente.

¿Habrían descifrado los ingleses la clave y se nos anticiparían en el acto histórico de comunicar por primera vez con un mensajero del Cosmos?

La diferencia horaria entre Londres y Nueva York, como sabe todo el mundo, es de cuatro horas aproximadamente. Por lo tanto, los radioastrónomos del Observatorio de Howell estarían ya sobre su receptor cuando en Virginia del Oeste todavía faltaran cuatro horas para ponerse el Sol. Si los ingleses habían descifrado la clave (y no había razón para dudar que lo consiguieran, pues se trataba de una clave tan sencilla) ellos podrían anticipársenos en la respuesta y apuntarse la gloria que nosotros deseábamos para nuestro país y nuestro equipo.

Como viejo zorro que era, el almirante Hesser procuró que no trascendiera a los ingleses el descubrimiento que habíamos hecho.

En cambio, nadie pudo evitar que la noticia se filtrara por algún resquicio de puerta mal cenada de nuestro departamento de Marina del Pentágono.

Los ingleses no debían tener espías en el Pentágono, o de otro modo no habrían dejado de enterarse de lo que estábamos preparando.

Hecho venir a toda prisa desde Norkolk, el equipo móvil de transmisión más potente de que disponía la Armada, llegó a nuestro vallecito poco después del mediodía. Tres grandes camiones cerrados pintados de caki componían el núcleo del convoy: un transmisor, un generador de electricidad movido por un "diesel", y una antena desmontable de acero.

Además acompañaban al equipo otros vehículos auxiliares, dos camiones cisternas cargados de fuel-oil, un coche taller, y algunos camiones con el personal técnico y soldados de infantería de Marina para escoltar todo aquello.

A primeras horas de la tarde, parecía que la Marina había efectuado un desembarco en toda regla en nuestro tranquilo valle. La verde ladera de la colina donde estaba emplazado nuestro observatorio estaba cubierta de vehículos y tiendas de campaña, y los gorros blancos de los marineros se movían por todas partes.

Los helicópteros de la Marina volaban por encima de aquella pequeña Babel, haciendo viajes incesantes hasta Washington para traer más técnicos, más científicos y más almirantes y oficiales de alta graduación.

Estábamos encantados. Lo estaba sobre todo nuestro cocinero, que no sabía dónde meter tanta gente, ni cómo se las arreglaría para dar mesa y comida a tanto emperingotado almirante. El problema se arregló yendo los almirantes y altos oficiales a parar el plato de aluminio en la fila con los soldados rasos, como heroica reminiscencia de los lejanos días en que nuestras fuerzas de Marina se batían en las islas del Pacífico.

Pero antes que llegara este momento ocurrió otra cosa.

Ellis Carruth, oficial de transmisiones que me había precedido en el mando del Observatorio Radioastronómico y acababa de llegar con el equipo móvil, vino a la casamata de cemento donde yo repasaba los servomotores de nuestra gigantesca antena y me dijo:

—La Huggins acaba de llegar. Anda buscándote por ahí.

—¿Te refieres a Deane Huggins?—interrogué, aunque de sobra sabía que sólo de ella podía tratarse.

Personalmente, yo no había tratado a la señorita Huggins. Conocíala de oídas por dos razones. Era la hija del almirante Huggins, y a la vez una inteligente periodista de la plantilla de los avispados redactores de "Life". Alguna vez la había visto de lejos en la botadura de algún buque, y había leído con frecuencia sus documentados reportajes en la revista para la cual trabajaba.

Creo haber dicho en otra ocasión que los ataques contra nuestro "Proyecto Ozma" provinieron de la indiscreción de una famosa periodista. Pues bien, esta periodista había sido Deane Huggins. Y si el asunto levantó polvareda en la opinión del público que leía la revista, ésta no fue nada comparada con el mar de fondo que hubo por la misma causa en los corredores del Pentágono y los despachos de los más elevados cargos de la Armada.

El caso fue que, siendo la señorita Huggins hija de un almirante y habiéndose expresado en su artículo en términos de censura contra los altos jerarcas de la Armada, se consideró en principio como si este artículo hubiese sido escrito por el almirante Huggins en persona.

Huggins, ciertamente, se había mostrado contrario a la inversión de fuertes sumas en el desarrollo del Proyecto "Ozma". El almirante estaba al tanto de muchos detalles reservados sobre el plan, detalles que constaban en el artículo de crítica de la señorita Huggins, al parecer porque le fueron revelados por su padre.

En la Armada, como en el resto de las Fuerzas Armadas, los partidos políticos, y en general cualquier entidad o grupo social que se respete, el escándalo es un pecado más grave con frecuencia, que el propio pecado que origina el escándalo. Nuestros altos jefes fueron vituperados de mala manera, los periódicos se hicieron eco de las acerbas críticas de la señorita Huggins.

Cuando la ola de censuras alcanzó los estratos más incultos de la nación, muchas personas se consideraron estafadas por el mal uso que la Marina estaba dando al dinero del contribuyente. Entonces comenzaron a llegar montañas de cartas, muchas de ellas llenas de insultos. Todo el asunto fue muy desagradable, hasta que al cabo de una semana, otros temas de más palpitante actualidad apartaron de nosotros la atención de la Prensa, y la opinión pública nos olvidó.

Pero no se olvidó todo tan pronto en el seno de esta gran familia que formamos todos los que vestimos el uniforme de la Armada. Sin pronunciamientos de ninguna clase, por tácito acuerdo, decidimos que el nombre de la señorita Huggins sería "tabú" en lo sucesivo, en cuanto a obtener información de nosotros se refiriera.

—¿Por qué quiere ella verme precisamente a mí? —pregunté sintiendo una especie de sobresalto. Temí que en el curso de una entrevista se me escapara algo que no debía decir—. Dile que no estoy.

—Usted no querrá que yo me crea una mentira tan gorda, teniente Reinbach—dijo una voz suave y melodiosa desde la puerta de la casamata.

Nos volvimos. Una esbelta muchacha entró sonriendo. Era rubia, tenía los ojos azules y una sonrisa fácil y prometedora. Vestía traje sastre y traía colgando del mismo hombro la cartera y la cámara fotográfica.

—Yo soy la señorita Huggins- dijo la seductora aparición tendiéndome su mano.

Cogí con desgana aquella mano de dedos largos y fuertes. Mi amigo Ellis levantó los hombros y salió presuroso de la casamata, como dando a entender que eludía toda responsabilidad.

—Usted es Reinbach—dijo Deane Huggins—. Tengo entendido que anoche usted descifró la clave que trasmitía ese fantástico mensajero cósmico. ¿Es así?

—No—repuse secamente.

—¿Cómo?

—No sé nada ni quiero hacer declaración alguna que me comprometa. Espero que esto sí logrará entenderlo usted, señorita Huggins.

Las bellas pupilas de la chica se apagaron al caer sobre ellas el velo de una súbita tristeza.

—Le entiendo perfectamente, señor Reinbach. Sé la clase de prevención que le anima contra mí, pero créame que sus temores son infundados. No pretendo arrebatarle ningún secreto que usted no deba revelar, sino pura y simplemente conocer los hechos y presentarlos al público tal como son.

—Usted ha estado escribiendo cosas contra el "Plan Ozma", señorita Huggins. ¿Quiere dar a entender que desea cambiar la tónica de sus argumentos? ¿Lo desea realmente, o ésa es una añagaza para invitarme a la confidencia, y luego hacer escarnio de mi ingenuidad e inocencia?

Ella dijo dando muestras de enojo:

—Para que usted lo sepa, señor Reinbach, esa clase de tretas no forman parte de los recursos de mi profesión. Jamás he dicho ni escrito nada que no sintiera realmente, ni me he valido del engaño para atraer a una persona a un terreno falso. Critiqué el "Proyecto Ozma" cuando en verdad creía que merecía ser combatido por la futilidad del objetivo que perseguía. Ahora que el proyecto está a punto de anotarse un triunfo tan inesperado como espectacular, no me importa reconocer mi anterior error y admitir que ha resultado realmente útil. ¿Qué más quieren ustedes?

—Supongo que usted considera hacernos un gran honor al hacer público reconocimiento de su equivocación—dije gozándome de esta hora de nuestra suprema venganza—. Pues bien, sepa una cosa. No necesitamos tal reconocimiento suyo, sobre todo ahora que la Prensa de todo el mundo va a dar cuenta dé nuestro éxito. En el clamor de voces que van a aplaudirnos, no es necesario que escuchemos también su voz.

Deane Huggins me miró furiosa y despreciativa.

—Conozco la clase de tipo que es usted—me dijo desdeñosa—. Mezquinos, rencorosos y vengativos. Me he equivocado al pensar que tal vez pudiera recibir ayuda de usted.

—Ignoro en que podría ayudarle. Además ¿por qué había de hacerlo?—repuse secamente.

Ella me contempló un minuto furiosa. Luego me volvió desdeñosamente la espalda y abandonó la casamata sin decir palabra.

Ignoro por qué creí que después de aquello no volvería a ver a la señorita Huggins rondando el Observatorio a la espera de noticias. A últimas horas de la tarde empezaron a llegar automóviles llenos de periodistas.

Empecé a temer por el resultado de la prueba que íbamos a realizar, y estimé imprudente el acto de permitir que los representantes de la Prensa asistieran a un experimento que bien podía quedar en chasco.

Hasta la puesta del sol estuve jugando al escondite con los periodistas, ellos tratando de encontrarme, yo tratando de eludirles. La expectación que reinaba en el campamento alrededor de la granja, alcanzó su apogeo al ocaso, cuando el grupo de almirantes y altos oficiales de la Armada se dirigió rodeado de periodistas a la amplia habitación donde estaba nuestro receptor.

Con sorpresa reconocí entre los almirantes a Huggins, inconfundible por su gran estatura, su bigote rubio y sus audaces ojos azules, tan parecidos a los de la muchacha que aquella tarde me habían mirado a mí.

Ellis Carruth se encontraba a mi lado en aquellos momentos. Le pregunté:

—¿Qué hace Huggins aquí?

—Creo que le han hecho venir como acto mortificante por todo lo que ha dicho contra el "Proyecto Ozma"—repuso Ellis riendo—. Si esta noche conseguimos que el mensajero cósmico nos revele su secreto, Huggins va a tener que admitir que había algo más que aserrín en la cabeza de los que abogaron por este programa de exploraciones espaciales.

Se habían colocado varias sillas para los tres o cuatro almirantes que iban a asistir a la prueba. Media docena de otros oficiales y científicos entraron después que los almirantes. Luego les fue permitida la entrada a un reducido número de periodistas, Deane Huggins entre ellos.

—¿La han invitado también a ella como acto expiatorio por todo lo que se burló de nosotros en sus artículos?—pregunté a Ellis, señalando a la periodista con los ojos.

Carruth rezongó haciendo una mueca:

—Roguemos a Dios por el éxito de esta noche. Porque si fracasamos hoy, mañana la señorita Huggins va a afeitarnos en su artículo con alicates.

Los preparativos estaban terminados y el almirante Hesser nos dio orden de comenzar.

En el silencio expectante que siguió, los "bib bib" del mensajero cósmico empezaron a brotar debilitados de nuestro receptor, y adquirieron rápidamente vigor y claridad al calentarse el aparato. Vi contraerse los rostros emocionados de los presentes. Al fin y al cabo, si nuestras suposiciones eran ciertas, aquél era el primer

sonido que les llegaba de un mundo lejano y desconocido.

El mensajero cósmico estaba dando su serie de tres señales. Terminada ésta, tras la acostumbrada pausa de ocho segundos, comenzó con la serie de cuatro. Nada parecía haber cambiado desde la noche anterior.

Al terminar la serie de cuatro señales, el satélite dejó repentinamente de transmitir.

Transcurrieron aproximadamente tres minutos durante los que el receptor permaneció en tenaz nudismo. Un sofocado rumor empezó a extenderse por 1a sala. Merrill y Wichers cruzaron una mirada. El almirante Hesser abandonó su silla y vino hacia nosotros.

Ya abría Hesser la boca para interrogarnos, cuando los "bib bib" volvieron a escucharse perfectamente claros.

Estaba dando la serie de nueve pitidos, la que repetida nueve veces dejó paso a la serie de diez. Vino después la pausa final, y a continuación el zumbido largo que anunciaba que la serie iba a recomenzar de nuevo.

Todos seguimos escuchando en silencio. Creo que antes que el satélite llegara a la serie de los cuatro y volviera a enmudecer por un espacio de tres minutos, ya habíamos comprendido todos la fácil indicación que nos hacía el mensajero del espacio.

Al terminar la serie completa dijo Merrill volviéndose hacia el almirante Hesser:

—Podemos seguir escuchando, aunque para mí la clave está ahora perfectamente clara. Anoche, el transmisor del satélite nos hizo fijar la atención en los números que faltaban para la serie correlativa hasta el diez. Esta noche nos deja un espacio en blanco significándonos al parecer que debemos llenarlo con señales lanzados por nosotros.

—Usted quiere decir que cuando el transmisor del satélite se detenga, nuestro transmisor debe continuar dando las series que faltan hasta el ocho, continuando luego "ellos" hasta el diez ¿no es eso?—dijo el almirante con aires de satisfacción.

—Creo que eso es lo que "ellos" esperan que hagamos—repuso Merrill.

Hesser miró en rededor como para asegurarse que todo estaba en su sitio, los receptores de televisión a punto para recoger las imágenes que tal vez nos enviaría el mensajero cósmico, Ellis Carruth ante el tablero donde estaba el pulsador conectado al equipo emisor que se encontraba fuera en el prado, los equipos de grabación funcionando, y la cámara cinematográfica lista para perpetuar las imágenes que aparecieran en la televisión.

—Bien—dijo Hesser nerviosamente restregándose la nariz. Bien, podemos hacer la prueba ahora mismo, si a ustedes les parece.

A Merrill y Wichers les parecía. Y yo no deseaba otra cosa. Nos preparamos para comenzar a transmitir cuando el mensajero hiciese la pausa correspondiente después de la serie de cuatro impulsos. Merrill preguntó a Carruth si podría dar las señales al mismo ritmo que las que estábamos escuchando: una pulsación por segundo y una pausa de espera de ocho segundos entre una serie y otra.

—Es muy fácil—dijo Ellis pestañeando nerviosamente.

—De acuerdo entonces, esté preparado y vamos allá.

Ellis era un muchacho muy experimentado en cuanto a su trabajo se refería. Podría haber dado aquellas señales hasta dormido, y no obstante la mano le temblaba en el compás de espera.

Cuando comenzó a transmitir a una señal de Merrill dio lo que podría llamarse un "traspiés". Adelantó el ritmo de las primeras pulsaciones. Luego se tranquilizó y todo fue bien hasta que terminó. Tanto se ajustó al compás de las señales del mensajero cósmico, que yo conté ocho segundos justos desde que Ellis dio la última pulsación y se escuchó el primer "bib" del satélite que proseguía la serie interrumpida.

Esperamos llenos de impaciencia y ansiedad. El satélite dio la última señal y enmudeció. Luego se escuchó una especie de chirrido que no habíamos oído hasta entonces. A continuación el monótono y regular "bib bib" de la primera noche.

Nos miramos intrigados. Miramos a los televisores. Nada. No sucedió absolutamente nada.

Tampoco sucedió nada en los otros cinco minutos que siguieron al cese de la transmisión. Ni a los diez, ni a los quince ni a los treinta minutos.

Pasó una hora. El almirante Huggins se puso en pie amagando un bostezo.

—Tan entretenido como una sesión de espiritismo —dijo. Y añadió mordaz—: Sólo que el espíritu extragaláxico no acudió a nuestra llamada para hacer bailar el velador.

Hizo una seña a su hija, que se encontraba en un rincón charlando con sus colegas, los periodistas. No pude evitar el mirarla. Nuestros ojos se encontraron un momento. Deane Huggins se sonrió. Me saludó con una burlona inclinación de cabeza y salió detrás del almirante.

Excuso al lector del engorro de enterarle de lo que sucedió después. Estábamos sinceramente desolados. Nuestros invitados

empezaron a desfilar. Uno ahora, otro después, por parejas o en grupos, todos se fueron marchando hasta dejarnos solos. Hesser los fue despidiendo uno por uno con una sonrisa forzada y una frase en la que ni él mismo creía.

—Esperemos que el satélite nos dé su respuesta más pronto o más tarde. Pasó a la señal de espera después que nosotros transmitimos la clave. ¿No quiere decir eso algo?

Cuando al fin nos quedamos solos, Hesser dijo cerrando su manaza en el aire.

—No les digo más que esto. Si pudiera atrapar a ese dichoso satélite... ¡lo destrozaría!

El almirante Hesser regresó a Washington en el último viaje que hicieron los helicópteros antes del amanecer. Merrill, Wichers y yo todavía permanecimos en el observatorio hasta que despuntó el alba. Comentamos largamente lo ocurrido, aunque sin comprender las causas del fallo del satélite.

La única respuesta que se nos ocurrió, fue que alguna avería en los dispositivos automáticos del vehículo espacial le impidieron soltar el mensaje que con toda seguridad llevaba para nosotros. Si era como nos figurábamos, el mensajero cósmico pasaría cerca de la Tierra y se alejaría por los solitarios caminos del espacio sideral sin que jamás lográramos saber lo que quiso decirnos y no pudo.

Al amanecer, macilentos y descorazonados, abandonábamos el observatorio y nos íbamos a acostar.

Cuando a la hora del almuerzo llegó el helicóptero que nos traía la Prensa y el correo diario, nos lanzamos unánimemente sobre la saca de la correspondencia en busca de los periódicos de la mañana.

De todos los periódicos que comentaban nuestro fracaso, aquel que tenía el titular más sugestivo era uno que decía así:

"EL ESPIRITU EXTRAGALAXICO NO ACUDIO A LA LLAMADA DE LOS SABIOS DE OZMA, NI HIZO BAILAR AL VELADOR."

Por descontado, que Deane Huggins firmaba el reportaje que venía a continuación de este titular.

# CAPITULO IV

EL mensajero cósmico se aproximaba a la Tierra.

Además de acercarse a nuestro planeta estaba perdiendo velocidad. Si continuaba en su rumbo y disminuía más la velocidad de su marcha, inevitablemente quedaría prisionero de la fuerza de atracción de la Tierra y se convertiría en un satélite de ésta.

No fue tarea espectacular de un solo día, ni fruto del trabajo y la imaginación de un solo hombre, llegar a alcanzar este convencimiento. Ingleses y sudafricanos colaboraron con nosotros en la tarea de localización periódica del satélite, hasta que de común acuerdo establecimos su trayectoria y dimos un parte conjunto de nuestras observaciones.

Nuestra conclusión fue muy interesante bajo todos los puntos de vista. En primer lugar estaba el transmisor del satélite, el cual seguía dando sus señales del primer día, al parecer sin otro objeto que ayudarnos a localizarlo con nuestros radiotelescopios. Pero lo más sorprendente de todo era el hecho de que el satélite estuviera perdiendo velocidad y alterando su rumbo, lo cual era contrario a las leyes de la gravitación y la inercia, excepto si admitíamos que el vehículo espacial contaba con medios propios para dirigirse y autofrenarse

Y a esta sensacional conclusión llegamos por fin. Y por fin entonces comprendimos lo que había ocurrido.

Comprendimos la razón de nuestra decepción de la noche que contestamos al satélite según la clave que creíamos correcta, y supimos que en efecto, nuestra interpretación de la clave había sido correcta. Lo que ocurrió fue que el satélite no tenía ningún mensaje que transmitirnos en aquel momento.

Cuando el mensajero cósmico recibió nuestra señal, algún ingenioso mecanismo automático empezó a funcionar para dirigir el vehículo hacia la fuente de aquellas señales, al mismo tiempo que un dispositivo de frenado empezaba a actuar.

El satélite era pues un artefacto mucho más completo de lo que habíamos imaginado. No sólo captó nuestras señales, sino que localizó el lugar de su procedencia y venía hacia nosotros. Tal vez cuando estuviese girando en una órbita de satélite alrededor de la

Tierra nos confiara el mensaje que a no dudar era portador. Si era así podría hacerlo con tiempo. Con todo el tiempo que nosotros necesitáramos para entenderle, y acaso con tiempo también para recoger nuestras respuestas y… ¿por qué no?

Tal vez el mensajero, después de haber cruzado su saludo con nosotros, volviese a escapar de su órbita alrededor de la Tierra, poniendo en marcha sus motores para regresar al lejano mundo del cual procedía. ..

Todas las fantasías eran imaginables en una máquina que de forma tan inteligente se comportaba. Y si bien nosotros, por nuestra índole científica y responsable nos abstuvimos de hacer manifestaciones tan atrevidas, no faltó quien hizo éstas y otras suposiciones por su cuenta.

Las revistas y periódicos que antes nos habían vapuleado, comentaron ampliamente las noticias que les íbamos dando. En nuestro Observatorio Radioastronómico todo eran caras sonrientes… un poco crispadas si acaso por la impaciencia y la ansiedad. Nos parecía que los días no terminaban de pasar nunca, y reprochábamos al satélite su lentitud, por más que sabíamos que su marcha no podía ser ni más rápida ni más lenta, sino exactamente la que debía de ser para que al llegar a las proximidades de la Tierra quedara cautivo de la fuerza de atracción de nuestro planeta.

En los días culminantes, cuando el satélite describía un arco que indefectiblemente le había de traer a una órbita alrededor de la Tierra, éste era visible en el cielo nocturno como una estrella de primera magnitud.

La gente, de uno a otro hemisferio, se detenía en las calles al anochecer y levantaba los ojos hacia aquel punto brillante qué de día en día aumentaba de tamaño…

El día y la hora en que el mensajero cósmico entraría en una órbita de satélite alrededor de la Tierra, habían sido previstos con anticipación y matemática exactitud. Si en este momento hubiese mantenido la velocidad que llevaba, se habría sostenido por tiempo indefinido en nuestro cielo, dando vueltas incesantemente a una distancia de 6.000 millas de la superficie de la Tierra.

Este momento era esperado con ansiedad por todos nosotros, pues suponíamos que el mensajero espacial no se haría más, de rogar y empezaría a comunicar a partir de aquel instante. Para recibir su mensaje, aquella primera noche de su entrada en órbita, nos reunimos un grupo bastante crecido en nuestro Observatorio, entre ellos muchos de los que ya estuvieron presentes en la primera y fallida sesión. No nos hacíamos en verdad muchas ilusiones, pero

aún así no dejamos de sentirnos decepcionados cuando después de larga espera comprobamos que el mensajero continuaba encerrado en obstinada reserva.

Aquella noche, como de costumbre, también tomé la altura del satélite a su paso sobre nuestro Observatorio.

Cuando a la mañana siguiente comprobamos nuestros cálculos con los datos que nos enviaban desde Inglaterra y Sudáfrica, experimentamos una sensación de sobresalto. ¡El mensajero cósmico seguía perdiendo velocidad!

—Ha acortado la distancia en dos mil millas y lo tenemos ahora girando a una altura de sólo cuatro mil millas—informó Wichers examinando el resultado de sus cálculos—. Si continúa frenando su marcha, acabará desplomándose sobre nuestras cabezas.

—¿Será posible que esté intentando aterrizar? —dijo el almirante Hesser sorprendiéndonos a todos. Tal posibilidad jamás se nos había ocurrido. Y creo que sugerida así, de repente, nos causó sobresalto.

—No, no creo—dijo Merrill—. Para el artefacto que nos visita, debe ser mucho más sencillo trasmitimos cualquier mensaje desde el espacio. Una toma de tierra es una operación llena de riesgos y complicaciones, que no creo que él se atreva a afrontar. Francamente, por muy ingenioso que sea el mecanismo de ese satélite, dudo que alcance una perfección tal —Podría ser menos complicado, e igualmente eficaz, si por ejemplo llevara un tripulante a bordo. ¿No creen?—dijo el almirante clavando en Merrill sus agudas pupilas interrogantes.

Vi a Foster Merrill haciendo una mueca violenta, como tratando de aguantar la risa que le causaba la idea de Hesser. Luego, dijo adoptando una actitud repentinamente grave:

—Suponemos que ese vehículo espacial procede de alguna estrella distante de nosotros tal vez un centenar de años-luz. Y tenemos razones para creer que ha estado mucho tiempo girando en una órbita de satélite alrededor de nuestro Sol. Dudo que ningún piloto pudiera sobrevivir a un viaje tan largo encerrado en un pequeño cohete. Pero además, si el vehículo viniera tripulado, su piloto no habría esperado tanto tiempo hasta recibir nuestras señales para decidirse a tomar tierra en nuestro planeta. ¿No je parece a usted?

—Desde luego, salimos de la suposición que el satélite procede de una estrella muy lejana—dijo Hesser. Y preguntó—: ¿Por qué? ¿No podría haber despegado hace sólo unos meses de alguno de los planetas de nuestra vecindad? ¿De Urano, de Venus, o de Marte tal

vez?

—Podría, si aceptáramos como probable la existencia de alguna clase de vida inteligente en cualquiera de esos planetas—repuso Merrill disgustado—. Nuestra ciencia actual no admite esa posibilidad. Y hay un hecho significativo además. Las señales de ese satélite. Si los habitantes de Marte o Venus se propusieran visitarnos, ¿qué significado podríamos dar a esas señales que nosotros hemos contestado?

—No lo sé—repuso el almirante—. En realidad no confío mucho en que haya ningún tripulante a bordo de esa máquina. Pero una cosa sí creo. Si esa máquina lograra aterrizar en la Tierra y llegara intacta a nuestras manos, lo que sabríamos examinándola de los habitantes de otros mundos lejanos, sería mucho más que todo lo que pudiéramos llegar a saber por ningún mensaje hablado ni televisado.

Esta perspectiva nos ilusionó. La esperanza de que el vehículo espacial contuviera un mensaje no se desvaneció de nuestro ánimo. Antes bien al contrario, todos pensamos que mucho mejor que recibir el mensaje del espacio, sería escucharlo de una máquina que nosotros podríamos tocar y hacer funcionar tantas veces como quisiéramos hasta comprender perfectamente ese mensaje.

Los periódicos, al día siguiente, se hicieron eco de nuestras esperanzas. En cambio, el público, no acogió con igual agrado la visita inminente de nuestro visitante extragaláxico.

Entre las distintas reacciones que se produjeron, la más común fue la de temor. El hombre es un individuo acomodaticio que se alarma apenas ve en peligro el pequeño mundo que ha compuesto con su esfuerzo, su casita rodeada de jardín, su auto, su televisor y su refrigerador. El hombre piensa en sí mismo ante todo, y cada ente, pensando por sí mismo, decidió que la visita de un artefacto extraterrestre constituía un grave peligro para la seguridad común.

En los dos días siguientes, mientras la máquina espacial seguía dando vueltas a la Tierra y acortando la altura que le separaba de la superficie de nuestro planeta, cundió una ola de pánico. Quién supuso que el satélite no era en realidad otra cosa que un artefacto infernal, enviado por los marcianos para provocar la desintegración en cadena de nuestra atmósfera y sembrar la destrucción. Quién aventuró la hipótesis de un tripulante monstruoso, dotado de armas de un poder destructivo que nosotros no éramos capaces de imaginar, ni mucho menos de contrarrestar.

El resultado de todo esto fue que volviéramos a recibir montañas de cartas de protesta, como si realmente estuviera en nuestra mano

impedir que el visitante cósmico viniera a posarse sobre la Tierra.

Las más suaves de estas cartas, nos recriminaban haber atraído al mensajero extragaláxico sin tener en cuenta las graves consecuencias que nuestro arriesgado acto podía, acarrearnos. Esto era cierto en alguna medida, aunque si hubiéramos obrado siempre bajo este pusilánime temor, ni hubiéramos atravesado nunca la barrera del sonido, ni bajado a las profundidades del mar, ni comprobado la gran fuerza contenida en la cohesión del átomo.

No nos preocupamos en absoluto por todas estas críticas que recibíamos. El artefacto cósmico iba a penetrar de un momento a otro en la atmósfera terrestre y nos estábamos preparando para recibirlo.

Aunque tratamos de calcular el lugar aproximado donde el artefacto iría a caer, esto no nos fue posible. El artefacto no era un cuerpo inerte, como uno cualquiera de nuestros satélites. Poseía sus propios medios para dirigirse, y nos animaba la esperanza que fuera capaz de pasar la prueba de la atmósfera terrestre sin desintegrarse.

La Operación Rescate fue organizada a toda prisa, y en ella colaboraron elementos de todo el mundo, incluso rusos. Puesto que las tres cuartas partes del globo terráqueo están cubiertas por el mar, había 3 probabilidades contra una a que el artefacto caería en el mar. Nuestra Armada, así como la Marina Mercante, fue advertida para que acudiera a toda prisa al lugar de la caída del vehículo espacial, así se tuvieran noticias del punto donde ésta había entrado en contacto con el agua.

Al mismo tiempo se apercibió a las Fuerzas Aéreas y al Ejército, unas para que vigilaran constantemente el espacio, los otros para que mantuvieran igual vigilancia en todo el territorio nacional.

En el resto del mundo, idénticas órdenes fueron cursadas por los respectivos gobiernos, y así llegó esa nerviosa pausa de espera que todos ustedes recuerdan tan bien como yo.

En el edificio del Pentágono de Washington, sede de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, la actividad era también un poco mayor de lo corriente la tarde que nos trasladamos allí desde nuestro observatorio de aquel vallecito de Virginia del Oeste.

Apenas se tuvieran noticias del aterrizaje del vehículo espacial, el aviso sería transmitido directamente a Washington. Por esto nos concentramos allí.

Nadie en ningún momento puso en duda nuestro derecho a participar en la operación de rescate. El aterrizaje del artefacto era obra exclusivamente nuestra. Nuestro grupo, engrosado por la adición de algunos biólogos, técnicos y científicos, se encargaría de

realizar las investigaciones a que hubiera lugar.

La Armada, que era quien puso en marcha el "Proyecto Ozma", se reservaba el derecho de llevar la dirección del asunto. He aquí pues porqué tuve lugar la reunión en el despacho del almirante Hesser, en las dependencias que la Marina ocupaba en el enorme edificio del Pentágono.

Cuando yo entré aquella tarde en el despacho del almirante, había allí un grupo de periodistas haciendo preguntas y tomando notas. Nadie advirtió mi llegada. Me quedé escuchando en un rincón. Cuando después de anunciar Hesser que no tenía nada más que declarar, los periodistas empezaron a abandonar el despacho, una esbelta muchacha rubia quedó junto al almirante tomando notas.

Era la señorita Deane Huggins.

—Hola, Reinbach—me saludó Hesser.— ¿Conoce usted a la señorita Huggins, o hace falta que se la presente?

—El teniente y yo ya tuvimos ocasión de conversar la histórica noche que cruzamos nuestro primer mensaje con el satélite—dijo ella sonriendo con picardía.

Estreché sin mucha efusión la mano que ella me tendía.

Dijo Hesser:

—La señorita Huggins está aquí para sumarse al grupo "Ozma" que saldrá hacia el lugar de aterrizaje del satélite así sepamos el lugar donde cayó.

—¿De veras?—pregunté sorprendido.

—Sí a usted no le importa—dijo la señorita Huggins.

—No. ¿Por qué había de importarme? Y si me importara ¿cómo podría impedírselo?—contesté.

El almirante dijo con cierta presura:

—Bueno, el grupo está reunido en el cuarto del archivo, al fondo del pasillo. Pueden ir a reunirse con ellos mientras yo soluciono algunos asuntos.

Salimos los dos en silencio. En el corredor me volví a ella y le pregunté:

—¿Cómo lo ha conseguido?

—¿El qué?

—No se haga la tonta. El que le hayan permitido figurar en nuestro grupo.

—Probablemente es un privilegio que no merezco. ¿No es eso lo que está pensando usted? Bueno, le diré. Siempre hay alguna ventaja de que el padre de una sea un almirante—repuso la señorita Huggins con ironía. Adquirió súbita expresión de gravedad—-: Jim

Hesser me ha brindado esta oportunidad a título de peregrinación expiatoria. ¿Lo comprende?

—No.

—Todo lo que yo diga en alabanza del "Plan Ozma" tendrá más valor después de las cosas que dije contra ese proyecto.

—Me sorprendería que usted quisiera escribir algo en alabanza del "Proyecto Ozma"

—Vamos... vamos—me reprendió como una mamá condescendiente al bebé que insiste en alguna travesura—. ¿Ha olvidado ya lo que me dijo el día que fui a suplicarle una *interview*? El éxito de los hombres de Ozma es demasiado evidente para que yo ni nadie se atreva todavía a poner en entredicho la eficacia de su labor. Nadie sería tan estúpido, ni llevaría su terquedad y su orgullo al extremo de seguir negando que han hecho un descubrimiento importante. Como usted me dijo cierta vez, los hombres de "Ozma" pueden perfectamente pasarse sin mis elogios. Sin embargo, esto es algo que debo de hacer por mí misma, como acto de contrición por todo lo mala que he sido y el perjuicio que les haya podido causar.

—¿Eso lo dice con entera sinceridad?—interrogué receloso. Ella me miró arrugando el ceño y yo me apresuré a decir—: Sí, sí, sé lo que va a decirme. Obstinado, vengativo y no sé cuantas cosas más... Ya me lo dijo en otra ocasión.

—En aquella ocasión estaba enfadada. Le ruego me disculpe por todos los inconvenientes que dije. ¿Amigos?

Deane Huggins me tendía su mano y yo se la estreché esta vez con todo él calor de que había carecido nuestro apretón de manos en el despacho de Hesser.

Llegamos al cuarto del archivo. Harold Wichers y Foster Merrill se encontraban allí charlando con los profesores Johansen, Calvin y Lagemann. Sólo a Calvin conocía yo bien. Johansen y Lagemann me fueron presentados al mismo tiempo que a la señorita Huggins.

Estaban tomando café y fumando como condenados. Todos nos encontrábamos muy nerviosos y llenos de impaciencia.

—Podíamos bajar al restaurante y tomar algo —propuso Wichers —. La espera puede durar quizás toda la noche.

La espera resultó ser mucho más corta de lo que esperábamos. Hallándonos en el restaurante, en la planta baja del edificio. Hesser entró atropelladamente y nos hizo desesperadas señas desde la puerta. Todos nos levantamos con precipitación que atrajo sobre nosotros la atención de los oficiales de las diversas armas y empleados civiles que trabajaban en el enorme edificio.

Cuando me dirigía hacia la puerta, el último del grupo detrás de

la señorita Huggins, el camarero me lanzó una mirada taladrante.

Volví atrás y pagué el gasto de todos.

Luego tuve que correr para alcanzar a mi grupo que ya estaba saliendo por la puerta de la calle.

Cuando alcanzaba la calle vi al almirante Hesser que se precipitaba hacia un gran automóvil negro con placa oficial. Aunque era evidente que no íbamos a caber todos en aquel coche, nos lanzamos en desordenado montón tras Hesser.

—¡Vayan unos cuantos a ese auto de atrás!—nos gritó Hesser.

Me correspondió ocupar un asiento en el segundo coche al lado de Deane Huggins, que estaba entre Merrill y yo.

—Pero bueno ¿dónde vamos?—pregunté mientras el marinero que conducía ponía el auto en marcha.

—El satélite—me dijo Lagemann volviendo la cabeza desde el asiento anterior que ocupaba junto al conductor—. Ha acuatizado por fin,

—¿Dónde?

—Cerca de aquí en el Golfo de Méjico.

Unos cuantos minutos de frenética carrera nos llevaron al aeropuerto.

Poco después estábamos en el aire volando hacia el Sur.

## CAPITULO V

EL amanecer nos sorprendió en la sala de descanso de los pilotos de la base aeronaval de Pensicola haciendo un consumo regular de café, de whisky, y otras bebidas estimulantes.

Durante todas las horas que permanecimos en la base, en espera forzosa de las primeras luces del día para tomar el hidroavión que nos conduciría hasta el lugar de amerizaje del cohete, apenas si dejamos de oír un instante el rugido de los aviones a reacción que constantemente estaban aterrizando o despegando.

Algunos pilotos pasaron por el bar antes de retirarse a descansar, cansados como estaban después de volar toda la noche sobre el mar.

Les preguntamos acerca del vehículo espacial.

—Allí sigue—nos dijeron—. Varios barcos han acudido a su lado, entre ellos un portaaviones. Aquello parece una verbena con tantas luces de bengala y reflectores, pero a lo que vimos desde el aire no han adelantado mucho en la operación de rescate. El dichoso cohete sigue en el agua, y los botes dando vueltas a su alrededor.

—¿Cómo es el cohete?

Los pilotos no lograron ponerse de acuerdo en cuanto a describir la forma del artefacto. Pero al menos en una cosa estuvieron de acuerdo.

—Es grande. Y también debe ser pesado, pues apenas flota sobre el agua.

Con las primeras inciertas luces del día recibimos recado del jefe de la base, en el sentido de estar preparado el avión que debía llevarnos.

Nos trasladamos al varadero. Una lancha nos llevó junto al hidroavión "Catalina". El avión se deslizó roncando sobre las tranquilas aguas de la bahía y se remontó en el aire. Había llegado por fin el momento que veríamos al misterioso mensajero del Cosmos.

Deane Huggins dijo a mi lado, levantando la voz para hacerse oír sobre el rugido de los motores:

—Estoy tan impaciente como una chica por recibir la primera declaración de amor.

Era una frase hecha, desde luego. Sin embargo le pregunté:

—¿Cuántas declaraciones de amor ha recibido?

Ella me dirigió una mirada maliciosa, pero no contestó.

Nos habían dicho que veríamos a los barcos que escoltaban al artefacto después de hora y media de vuelo. Así, pues, apenas dejamos atrás la base de Pensicola, empezaron a echar nerviosas ojeadas a los relojes.

Los barcos, por fin, aparecieron en el horizonte en el momento que salía el sol. Había una flota entera de ellos, buques de guerra, grises e imponentes, un par de trasatlánticos de lujo, algunos cargueros y petroleros, y también un buen número de pesqueros.

Los aviones reactores de la base de Pensicola daban pasadas y más pasadas sobre algo que se movía pesadamente en el agua, en el centro del círculo que formaban los barcos.

Nuestro piloto nos llevó en vuelo bajo sobre lo que parecía centro de la atracción de todos. Vimos entonces allá abajo un objeto grande y plateado, algo como los restos de un gran avión de pasajeros flotando pesadamente en el mar después de un siniestro.

Varios botes y lanchones cabeceaban en el mar alrededor del artefacto. Vimos también algunas boyas en las que flameaban banderolas y unos hombres encaramados sobre el objeto flotante.

El "Catalina" buscó una posición a favor del viento y acuatizó.

Un lanchón del portaaviones "Lexinton" vino a atracar al costado del hidro. Poco después trepábamos por la escalerilla del buque y pisábamos la firme cubierta del "Lexinton". El comandante del buque, mayor J. Kenowthy, salió a nuestro encuentro mientras el silbato del contramaestre daba el toque reglamentario de "almirante a bordo".

—Alcanzamos esta posición poco después de medianoche y procedimos a localizar el artefacto—dijo el comandante al almirante Hesser, señalando por encima de la borda en dirección al cohete—. Parece muy pesado. No creo que podamos izarlo con la grúa. Seguramente lo tendremos que remolcar hasta tierra.

—Me gustaría comenzar la operación de remolque lo antes posible. Esperó que si no surgen contratiempos alcancemos tierra antes de la noche—dijo Hesser.

El comandante invitó a Hesser a volar en el helicóptero del portaaviones sobre el cohete. Merrill, Wichers y también la señorita Huggins y yo, preferimos utilizar un lanchón para aproximarnos al artefacto que tanto nos intrigaba. El resto del grupo optó por permanecer a bordo.

Mientras íbamos danzando sobre las olas hacia el artefacto, la señorita Huggins comentó:

—En verdad que no podíamos pedir más a la suerte ni a los

factores que determinaron que ese cohete viniese a caer tan cerca de nuestras costas. Casi parece hecho de toda intención.

—Crea de veras que es obra de la casualidad—dijo Merrill riendo entre dientes—. Sabemos que no hay nadie dentro del artefacto. Y los hombres que nos lo enviaron desde lejos, probablemente ni siquiera conocen la existencia de nuestro país.

—¿Quiere decir que no es posible que haya dentro un piloto que escogiera el lugar del amerizaje?

—No. Con toda seguridad no lo hay—repuso Merrill convencido.

Llegamos junto al artefacto. Este, tal como ya nos había parecido desde el aire, era de dimensiones respetables, tan largo como la cabina de un tetramotor de pasajeros, y aproximadamente de la misma forma, aunque desprovisto de alas y timones, y también de mayor diámetro. A cada lado de este cuerpo fuselado, y también un poco atrás y arriba, vimos unos cortos muñones cada uno de los cuales sostenía un motor de forma parecida a los reactores de nuestros grandes bombarderos.

Debido a lo poco que sobresalía del agua, los dos motores laterales estaban sumergidos y se veían únicamente a través del agua del mar.

Toda la máquina era al parecer de acero inoxidable y en todas sus superficies lisas no se apreciaba ninguna pieza de unión. Solamente a proa (lo que nosotros supusimos sería la proa) se advertía una junta como correspondiente al diámetro de una puerta de acceso a la máquina.

Cuatro o cinco hombres se habían encaramado sobre el gigantesco "cigarro-volador". Uno de ellos, que llevaba gorra de oficial de marina, aunque iba en taparrabos, estaba dando fuertes martillazos sobre el metal de la parte superior de la máquina.

Wichers, indignado, gritó a este hombre:

—¡Eh, oiga! ¿Qué hace usted ahí?

El hombre contestó señalando toda la superficie brillante metálica que tenía bajo sus pies.

—¡Todo de una sola pieza! ¿Qué les parece esto, eh?

—Deje de dar golpes con ese martillo—dijo Wichers.

—¿Por qué? No se va a romper. Ni a abollar Esto es muy duro.

—Pues no le dé con el martillo de todos modos.

La verdad es que considerábamos el artefacto como una cosa de nuestra exclusiva propiedad. Por .eso nos disgustó el mal trato que en general recibió nuestro cohete cósmico de manos de la Armada. Por nuestro gusto, creo yo, lo habríamos envuelto en algodón en rama y llevado así hasta tierra firme.

No podía exigirse tal cosa de la marina, en primer caso, porque aquél era un artefacto muy difícil de manejar. Sin argollas ni salientes donde sujetar los cables, los marineros tuvieron que amarrar los cables a los muñones que sostenían los motores.

La operación de remolcar el artefacto hacia la costa no comenzó entre unas cosas y otras hasta después del mediodía, y debido al estado del mar y a los tirones que nuestro cohete daba de los cables, toda la tarde estuvimos temiendo que resultara arrancado de cuajo el muñón de la parte superior de la máquina cósmica, que era el que aguantaba la mayor parte del esfuerzo de los cabos de remolque.

Naturalmente, no había ni que soñar en alcanzar la costa antes del amanecer del día siguiente.

Aquella tarde, la señorita Deane Huggins se puso un mono de aviador y trepó hasta la cabina de un avión reactor de la dotación del portaaviones. Todavía, al parecer, reportaba algunas ventajas ser la hija de un almirante. Pero en esta ocasión no critiqué a la señorita Huggins ni a la Armada.

Al fin y al cabo, había en los Estados Unidos y en el resto del mundo un montón de millones de personas que esperaban ansiosamente tener noticias de la operación de rescate del artefacto cósmico. El trabajo informativo de la señorita Huggins no podía cesar, con mucho más motivo en estas circunstancias.

Deane Huggins voló hasta Pensicola y nosotros nos quedamos a bordo del "Lexinton"' presenciando la operación de remolque que había de durar toda la noche hasta la mañana siguiente.

Después de anochecido y bajo el brillante haz de los reflectores de los barcos del convoy, nuestro cohete cósmico semejaba una enorme ballena de plata, tirando indómita de los cables de remolque, hundiendo y sacando su nariz en las olas que saltaban en nubes de espuma al estrellarse sobre su relampagueante lomo.

Al amanecer, por fin, divisamos la baja línea de la costa.

* * *

Un enorme gentío se había concentrado en los dos extremos de las bajas islas que defienden la entrada a la Bahía de Pensicola. Desde Fort Barrancas a Pensicola Beach, a todo lo largo de la carretera de la costa, varios millares de automóviles formaban una línea ininterrumpida. Los reflejos del sol en los cromados y los cristales de estos autos, daban a aquella caravana un aire de fiesta y eran visibles hasta varias millas mar adentro.

Cuando el barreminas que remolcaba al cohete enfilaba la entrada a la bahía, los hombres de "Ozma" procedimos a trasladarnos a la base aeronaval utilizando los helicópteros del "Lexinton".

Los helicópteros hicieron varios viajes a este efecto, correspondiéndome a mí efectuar el viaje en uno de los últimos.

Cuando sobrevolaba la bahía junto al piloto del helicóptero, pude ver la muchedumbre que se apelotonaba en las riberas. El largo puente que cruza la bahía estaba materialmente atascado de coches. La expectación era enorme en todos sentidos.

En la base aeronaval me reuní con mis compañeros y con la señorita Huggins que nos estaba esperando allí. Mientras los remolcadores maniobraban para atraer el cohete hacia el varadero de los hidros, fuimos todos a desayunar a la cantina de la base. Una hora después estábamos de nuevo llenos de impaciencia en el varadero.

Dentro de la bahía, en aguas tranquilas, la operación de empujar nuestro cohete cósmico hasta el varadero fue empresa relativamente fácil.

Todo el mundo sabe cómo son estos varaderos. Unos raíles bajan por una suave rampa de cemento hasta cierta profundidad bajo el agua. Sobre estos raíles se desliza una especie de tren que se sumerge en el mar al bajar por la rama. El bote, el hidroavión, o como en este caso el cohete cósmico, son llevados hasta quedar encallados en el tren que hay bajo el agua.

Cuando los cabrestantes tiran del tren, éste sale del agua llevando a lomos la embarcación que se pretende dejar en seco.

Sólo cuando empezó a salir del agua pudimos apreciar las verdaderas dimensiones del vehículo del espacio. Este era grande, muy grande. Y debía de tener un peso considerable a juzgar por el chirrido de las ruedas sobre las que cabalgaba ahora.

Mientras semejante a un gran cetáceo de acero el cohete salía del agua, un locutor de radio, tras nosotros, iba describiendo toda la operación con frases llenas de adjetivos redundantes. Los periodistas iban de un lado a otro buscando planos desde los cuales hacer destellar sus "flahs".

Debido a que toda la operación de remolque se había efectuado tirando del muñón que sostenía aquello que creíamos era un motor trasero, la última parte en salir del agua fue la proa del aparato.

Así la proa estuvo fuera, los del grupo "Ozma" corrimos a examinar lo que desde un principio habíamos supuesto sería una puerta de acceso al interior del aparato.

—Sí, es una puerta—dijo Hesser que estaba con nosotros. Se inclinó para señalar con el dedo en la parte inferior de la proa—. Aquí se ven cuatro tornillos.

No había manija alguna, ni cerradura, ni otro lugar visible donde meter un destornillador. Sólo aquellos cuatro tornillos sosteniendo una chapa cuadrada de metal ajustada al milímetro.

—Probaremos a quitar esos tornillos—dijo el almirante Hesser —. Es posible que esa chapa oculte el mecanismo que abrirá la puerta.

Se ordenó por el almirante que fueran traídas las herramientas necesarias. Hesser ordenó también a los soldados de infantería de Marina que despejaran el terreno alrededor del aparato. Los periodistas fueron obligados a retroceder, a excepción de la señorita Huggins que permaneció a nuestro lado.

Los periodistas protestaron. Todavía había ventajas para miss Huggins por ser la hija de un almirante.

Un equipo de mecánicos vino desde los talleres de la base con el herramental necesario, incluso sopletes. El almirante Hesser, que había asumido por espontánea decisión la dirección de los trabajos, señaló a los mecánicos la planchita de unos 30 centímetros de lado que sujetaban los cuatro tornillos.

Los tornillos resultaron estar muy duros para un destornillador de tipo corriente.

Se trajo de los talleres uno accionado eléctricamente. El mecánico que manejaba la herramienta dijo después de varias tentativas:

—No se mueve a la izquierda. ¿Por qué no probamos al revés?

—Sí, pruébelo—dijo Hesser.

Cuando el destornillador eléctrico invirtió el sentido de la marcha, el tornillo salió con rapidez y facilidad.

—Al menos ya hemos averiguado una cosa de ese lejano mundo de donde procede el artefacto—dijo Hesser con buen humor—. Allí la costumbre es apretar los tornillos al revés de como lo hacemos aquí.

Le contestaron algunas risitas amables y nerviosas. Todos nos sentíamos muy inquietos e impacientes. Nos pareció que pasaba demasiado tiempo hasta que los otros tres tornillos salieron a su vez.

El mecánico introdujo la fina hoja de un cortaplumas en la ranura. La chapa de acero se desprendió y cayó sobre el cemento de la rampa.

Varias cabezas, entre ellas la mía, se inclinaron para mirar

dentro del hueco que había quedado al descubierto bajo la proa del cohete. Lo que había en la hornacina, sencillamente, era una llave muy parecida a las que usamos en nuestros grifos de lavabo corriente.

Nos miramos unos a otros.

—Apuesto doble contra sencillo—dijo Hesser—a que si damos vuelta a esa llave ponemos en acción un dispositivo hidráulico que abre la escotilla.

Deane Huggins preparó su cámara mientras los demás retrocedíamos hasta el borde del agua que lamía el final de la rampa de cemento del varadero. Como no quedaba mucho espacio entre la proa de la máquina y el agua, no pudimos retroceder todo lo que algunos de nosotros hubiéramos deseado.

Claro que nadie esperaba que fuese a surgir un monstruo de allí. De todos modos ignorábamos lo que íbamos a encontrar dentro, así que nos pusimos en guardia contra cualquier sorpresa…

El mecánico miraba a Hesser esperando una señal de éste.

—Adelante—dijo Hesser.

La primera tentativa del mecánico fracasó por lo mismo que había fracasado anteriormente con los tornillos. La llave también giraba al revés. El hombre la hizo girar a la derecha…

Escuchamos un chasquido en el interior del cohete.

Accionada al parecer por un mecanismo hidráulico, la puerta que tanto nos había intrigado desde el principio se movió con un chirrido. Luego, silenciosamente, se levantó hacia arriba con lentitud descubriendo un hueco.

El cohete, sobre el tren de arrastre del varadero, presentaba una inclinación ostensible en dirección al agua. Por esta razón, aunque no completamente, pudimos ver desde donde estábamos parte del hueco que quedaba visible al levantarse la porta.

Y lo primero que vimos fue una cabeza.

Pero no era una cabeza humana…

# CAPITULO VI

ENTRE el grupo que formábamos ante la proa del cohete se escucharon algunos murmullos. Varios retrocedimos involuntariamente y nuestros pies se metieron en el agua...

Brilló la lámpara de destello de la cámara que manejaba la señorita Huggins.

La inmovilidad de estatua del extraordinario ser que tripulaba la máquina creo que fue lo único que nos retuvo. Si el piloto se hubiera movido, probablemente muy pocos habríamos quedado allí.

El almirante lanzó un grito a los soldados:

—¡ Aquí !

Los "marines" se adelantaron con los fusiles apercibidos. No hubo movimiento alguno por parte del tripulante extraterrestre. Todos permanecimos quietos, llenos de inquietud y desconfianza

Creo que fue la voz de Merrill la primera que se levantó para decir roncamente:

— ¡Está muerto!

Así lo parecía al menos.

Deane Huggins demostró entonces ser más resuelta que cualquiera de nosotros.

Sobre un tren del mismo varadero, contiguo al que habíamos utilizado para extraer el cohete, había una lancha en reparación. Adosada al costado de la embarcación se veía una escalera, y hacia esta escalera se dirigió la señorita Huggins.

Comprendí su intención y la seguí.

Deane Huggins trepó con su cámara fotográfica por la escalera hasta la cubierta del bote. Yo subí tras ella. Desde arriba de la escalera me volví hacia el cohete. Los dos podíamos ver desde aquí al tripulante de la máquina extraterrestre.

El extraordinario ser estaba sentado, más bien recostado en la forma que lo hacemos nosotros en los sillones extensibles de nuestros lujosos aviones de línea. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y las manos extendidas sobre las rodillas...

Era un ser gigantesco.

Deane Huggins disparó su lámpara de destello conectada a la cámara fotográfica. Luego los dos nos quedamos absortos contemplando al monstruo...

No era un ser humano, o al menos no lo era en el sentido que nosotros damos a esta palabra. Rígido, como una estatua de hielo, resultaba en su inmovilidad una criatura espantable. Traté de

imaginarlo moviéndose y sentí un escalofrío recorrerme la espina dorsal.

En su cabezota disforme, un único ojo enorme estaba fijo con la inmovilidad de la muerte. Carecía de rostro. No tenía nariz, ni boca, ni oídos visibles. Unas largas antenas salían de su cráneo a modo de largos y delgados cuernos, y estas antenas estaban caídas hacia adelante.

Algo que inmediatamente nos chocó, fue que sin ser humano, su cuerpo remedara torpemente las formas del cuerpo humano.

Era como un ente horroroso nacido de una mente alucinada en el curso de una pesadilla espantable. Su cuello, sus brazos esqueléticos y su tronco recordaban de lejos la configuración de un ser humano. Pero no era humano ni era un hombre siquiera. El calificativo que mejor le cuadraba era aquel que primeramente le di. Era un monstruo.

Su cuerpo rugoso, de un extraño color verde musgo, parecía surcado de largas grietas, a modo de cicatrices. Su piel y la aspereza de ésta me recordaron por asociación de ideas la corteza de un viejo árbol.

No llevaba ropa alguna. Únicamente, sobre los hombros, una plancha delgada de algún metal dorado que se doblaba y le caía hacia atrás y sobre el pecho a modo de esclavina corta.

Deane Huggins dijo detrás de mí:

—¿Es impresionante, verdad?

La periodista había dado en la palabra justa.

El grupo que había quedado abajo empezó a moverse. Algunos vinieron hacia donde estábamos nosotros y subieron a la escalera para alcanzar a ver el interior de la cabina. Para dejar sitio al profesor Merrill subí hasta la cubierta del bote.

Merrill y también el profesor Calvin treparon por la escalera hasta el bote. Desde allí contemplaron absortos al extraño ser.

--¿Estará realmente muerto?—preguntó la señorita Huggins.

—Alguien debería acercársele y pincharle con un alfiler—murmuré en un pueril esfuerzo por aparecer ingenioso ante la periodista.

Calvin dijo:

—Si él condujo la máquina hasta tierra, su muerte debe de ser reciente.

—Tal vez lleve muerto años, incluso siglos—murmuró Merrill—. A menos que procediera de un planeta de nuestro propio sistema, lo cual es improbable, ningún piloto podría sobrevivir a un vuelo de varios siglos desde la más próxima estrella a nuestro Sol.

—Entonces, pese a todas las improbabilidades en contra, este individuo debe proceder de alguno de los planetas de nuestro sistema—dijo Calvin—. Ningún piloto se aventuraría a un viaje eterno desde una estrella lejana, sabiendo que la muerte había de sorprenderle mucho antes de recorrer la mitad del camino.

A menos—dije yo— que los habitantes de otros planetas más lejanos cargaran ese cohete con un cadáver.

¿Para qué habían de cargar un cadáver?—preguntó miss Huggins.

Pues sencillamente, para que nosotros supiéramos como son.

Esta idea pareció agradar mucho a Merrill, el cual dijo:

—Esa es una sugerencia muy interesante, Reinbach. Indudablemente, vamos a saber más cosas de los creadores del cohete por el examen de uno de sus cadáveres, que con toda una serie de largas y prolijas explicaciones. ¿No es así, profesor Calvin?

—Ciertamente—repuso el biólogo. Y añadió—: Ya estoy impaciente por acercarme más y echarle una ojeada a ese individuo.

Todos nos apeamos del bote para volver a la firme rampa de cemento del varadero.

Merrill y Calvin hablaron con el almirante Hesser, sugiriéndole la conveniencia de extraer cuanto antes el cadáver de la carlinga del vehículo espacial.

—Si lleva muerto tanto tiempo como creemos, el frío intenso del cero absoluto del espacio puede haberle conservado mejor que el más perfecto refrigerador—aseguró Calvin—. Pero aquí, en esta temperatura templada, seguramente empezará a descomponerse con rapidez.

—Muy bien—dijo Hesser—, Lo sacaremos de ahí.

* * *

Para sacar al piloto de la nave del espacio utilizamos una grúa.

Rígido como una estatua, el monstruo conservaba la posición en que le habíamos encontrado, mientras se balanceaba grotescamente del cable de la grúa móvil.

Entonces pudimos apreciar su verdadero tamaño.

Era realmente un gigante. En posición completamente erguida, su estatura no quedaría por debajo de los diez metros. El sólo ocupaba un tercio de la capacidad total de la máquina que tripulaba.

El monstruo fue cargado en un gran camión, el cual partió inmediatamente en dirección al hangar donde provisionalmente

íbamos a alojar a nuestro huésped. Los sabios de "Ozma" echaron a andar detrás del camión.

Mientras tanto, un numeroso grupo de técnicos aeronáuticos se lanzaban sobre el cohete, ansiosos de examinarlo por dentro y tal vez esperanzados de arrancarle alguno de sus valiosos secretos. La señorita Huggins y yo quedamos solos en medio de la pista de cemento.

—¿Qué considera usted más interesante?—me preguntó la periodista—. ¿Debo ocuparme antes de la máquina, o del hombre que la tripulaba?

—La máquina sin duda es muy interesante. Pero si quiere escuchar ¡cosas mucho más interesantes, le aconsejo que siga al profesor Merrill, a Calvin y al resto de los sabios. Al fin y al cabo, más sorprendente que el cohete, es el hombre que lo ha construido.

—¿Y qué me dice usted de ir a almorzar a la cantina?—interrogó la periodista—. ¿No es nuestro propio estómago tan interesante como el hombre extragaláxico y su máquina?

—Los sabios todavía tardarán un rato en sacar al monstruo del camión. Y en cuanto a los técnicos, no lograrán ponerse de acuerdo en nada importante antes de medio año—la dije riendo—. Sí, creo que deberíamos ocuparnos de reponer nuestras propias fuerzas mientras tanto.

En la desierta cantina nos sentamos frente a frente ante una mesa próxima a una ventana. Desde allí podíamos ver la mayor parte del aeródromo.

—Me pregunto—dijo la señorita Huggins pensativa—que consecuencias podrá acarrear a nuestro país y al mundo en general la arribada de ese hombre extragaláxico.

—Probablemente ninguna consecuencia grave—repuse—. Nuestras Fuerzas Aéreas obtendrán alguna mejora tal vez, si nuestros técnicos logran arrancarle el secreto de su funcionamiento a esa máquina prodigiosa. Problema humano no creo que lleguemos a tener ninguno. El mundo de donde procede esa criatura está con toda seguridad demasiado lejos para constituir una amenaza para nosotros.

—Aún así, nunca dejaremos de sentirnos preocupados en lo sucesivo ¿no le parece a usted?

—Bueno, el mundo tiene ya muchas preocupaciones sobre sus espaldas. No creo pues que nos afecte una preocupación más. La vida seguirá su ritmo de siempre. Los novios seguirán deseando casarse, continuarán naciendo niños y todavía será un problema encontrar piso y aparcar el automóvil. A propósito de todo esto

¿tiene usted novio?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Por qué había de preguntarlo?—contesté amoscado.

—¿De veras le intereso?

—Bueno, es una chica muy guapa—farfullé sintiendo que enrojecía a mi pesar.

Distraídamente, la señorita Huggins sacó un bolígrafo y un bloc del bolso y se puso a escribir. Yo la contemplé intrigado unos minutos, hasta que en vista de su abstracción le pregunté:

—¿Qué hace usted?

—Escribo mi crónica para la edición de la tarde —me repuso sin levantar la cabeza ni dejar de mover el bolígrafo sobre la hoja de su bloc.

Me sentí defraudado, y hasta cierto punto chasqueado también. La forma repentina y desconsiderada con que había abandonado una conversación que empezaba a ponerse interesante para mí, me enfureció y ofendió.

Yo tuve buen cuidado de no interrumpirla ni contestar siquiera a los tópicos que ella distraídamente usó durante el resto del almuerzo.

Con todo, lo peor para mí, fue que ella no se diera cuenta siquiera de como me había enfadado.

—Voy a buscar un teléfono público—me dijo después levantándose.

Pagué la cuenta, salí de la cantina y me dirigí hacia el hangar donde estaban mis compañeros sin esperarla siquiera. "No creo que le importe mucho, de todos modos", me dije para mi capote.

Pero me hubiera gustado que a ella le importara.

El camión había salido del hangar, dejando allí el remolque donde yacía encogido el hombre del espacio, echado de costado. Algunos periodistas sacaban fotografías al monstruo, mientras en un rincón del hangar los sabios discutían.

—¿Hay algo en lo que nuestros amigos no están de acuerdo?—pregunté a Harold Wichers.

—Contemple a nuestro hombre del espacio, Reinbach—me dijo Wichers apuntando hacia el monstruo—. ¿A usted qué le parece que es?

—Mírese como se mire, es muy feo bajo cualquier punto de vista.

—No me refería a eso. Aparte de feo, ¿qué cree usted que es? ¿Mineral, vegetal o animal?

—Eso ni se pregunta. Desde luego, pertenece al reino animal.

¿No?

—-¡No!—exclamó Wichers con acento triunfante. Luego rectificó —: Es decir, eso es lo que sostiene el profesor Calvin.

—¿Pues qué dice el profesor Calvin?

—Que es un vegetal. Ni más ni menos que una planta. Más bien un árbol que un arbusto. ¡Ja, ja! ¿No es gracioso?

Quedéme mirando al monstruoso ser. Podía no ser un vegetal, pero merecía serlo por el color y las rugosidades de su piel. ¿O sería correcto llamar piel a lo que quizás fuese corteza?

El profesor Calvin vino hacia el remolque armado de un serrucho. Detrás del famoso biólogo, el resto del grupo se acercó también. El almirante Hesser entraba en este momento por la puerta del hangar. Calvin se dirigió a Hesser diciéndole:

—Supongo que no habrá ningún inconveniente en que amputemos al cadáver uno de los miembros.

—¿Qué se propone hacer usted?— interrogó el almirante alarmado.

—Sólo voy a aserrarle uno de los dedos—dijo Calvin.

El almirante se rascó el cogote, echando para esto la galoneada visera de la gorra sobre sus ojos.

Dijo Hessel:

—Bueno, de todos modos el bicho parece condenado a ser hecho cuartos por ustedes, los investigadores. Esto es algo que debería consultar antes con Washington, pero haré constar la urgencia de esta amputación en razón de lo pronto que va a descomponerse el cadáver.

—No lo crea, este cadáver no se va a descomponer—dijo Calvin.

— ¡Magnífico!—exclamó Hesser—. ¿A que han descubierto ustedes que se trata de una momia?

—Se trata de algo mejor que eso, Almirante. Es un leño.

—¿Un quééé?

—Un árbol. Es decir, un vegetal.

Si yo hubiese sido la señorita Huggins o cualquiera de los periodistas que se encontraban allí, por nada habría dejado de recoger en mi cámara fotográfica la expresión atónita del almirante, digna de inmortalizarse.

Todavía se hallaba Hessel con la boca abierta, cuando ya Calvin se había encaramado al remolque y se ponía a aserrar uno de los dedos de las sarmentosas manos del monstruo

El ruido familiar del serrucho al cortar la madera, era demasiado claro para que yo dudara un instante más. Era madera, desde luego. Un poco verde quizás, pero era madera.

La amputación estuvo terminada en un instante, como que el serrucho estaba muy bien afilado. Triunfal mente, Calvin saltó del remolque al piso y nos mostró el dedo amputado. No había hueso en el miembro que nos mostró, sino una serie de anillos concéntricos como los que todos hemos visto en un tronco aserrado.

—Espero que esto le convencerá a usted, Johansen—dijo Calvin al astrofísico.

Todos examinamos atónitos el pedazo de madera que nos mostraba Calvin. Y no sé lo que sentirían los demás, pero yo experimenté un erizamiento de pelo a la sola evocación de un mundo constituido por vegetales pensantes... ¡y parlantes quizás también!

—¡Madera!—exclamó el almirante irritado—. ¿Quieren tomarme el pelo? ¿O querrán hacerme creer que han sido plantas las criaturas que han construido una máquina interplanetaria como la que ha traído aquí a este ser horripilante?

—La diferencia entre el hombre y la planta no es tan grande, al menos si descendemos hasta la parte viva más pequeña, que es la célula. Las células que forman nuestros tejidos, son idénticas a las que constituyen los tejidos de las plantas. Es posible que en otro mundo y a partir de la célula, los vegetales hayan evolucionado hasta adquirir formas que nosotros no podemos siquiera imaginar. A nosotros, seres constituidos de carne y hueso, la sola idea de que existan plantas pensantes nos horrorizará. Sin embargo, si este ser que tenemos aquí es una planta, habremos de admitir que las plantas en otros mundos pueden adoptar formas muy distintas de las por nosotros conocidas. Al menos esta planta tiene parte de los elementos indispensables para crear. Tiene manos con dedos prensiles que le permiten ejecutar cualquier trabajo manual. Si además de eso posee una inteligencia, no habrá razón para negarle el derecho a ser considerado un ser humano. Con sus manos y su inteligencia podrá hacer cualquier cosa que hagamos nosotros... e incluso tal vez hacerlas mejor.

—Diga usted lo que quiera, jamás me convencerá de que una planta es capaz de haber construido una nave interplanetaria y haberla pilotado hasta aquí —rechazó Hesser indignado.

—Quizás haya un medio en el que resida la razón—dijo aquí el profesor Johansen—. Algo capaz de conciliar ambas posibilidades. Por ejemplo, que los creadores del vehículo espacial sean hombres como nosotros, y hayan confiado su máquina a plantas con una inteligencia rudimentaria que ellos han adiestrado.

Merrill medió también para echar su cuarto a espadas:

—A mí, personalmente, la idea de que alguien haya adiestrado a una planta y la meta en una nave espacial, me parece sencillamente absurda. En el supuesto que fuese hacedero, carecería de verdadera utilidad.

—¡Que carecería de utilidad!—saltó Johansen con la cara colorada—. ¡Oh, pues claro que se sacaría algo útil! En primer lugar, una planta tiene una vida más larga que un ser humano. Ningún hombre podría pasar dos siglos metido en la carlinga de una nave cósmica, esperando llegar a alguna parte. Pero una planta sí podría hacer eso. Cualquiera de nuestros añosos robles cuenta dos o tres siglos de edad, y tenemos pinos californianos que empezaron a crecer en los tiempos de Jesús. Además una planta...

Merrill interrumpió al astrofísico diciendo impaciente:

—Una planta, amigo mío, respira lo mismo que un hombre. Necesita cierto grado de humedad, ciertas substancias químicas del suelo y la luz del sol para poder vivir. Quizás fuera más sencillo equipar un cohete de forma que suministrara todo esto automáticamente a la planta, pero la ingeniosidad del equipo tiene aquí sólo una importancia secundaria. Lo importante es que cualquier ingenioso mecanismo que alimentara al piloto, tendría que estar en funcionamiento durante siglos, lo mismo si se trataba de proporcionar oxígeno a un hombre o ácido carbónico a una planta. Y es dudoso, lo es al menos para mí, que exista un medio de alimentar artificialmente a un vegetal por un período de tiempo tan largo.

-¡Oh, espere, ¡espere! —exclamó Johansen con aire de triunfo, y empecé a temer seriamente que la discusión derivara en una disputa con un final de insultos y bofetadas—. Hay algo que usted olvida, amigo mío, y es que esa planta no ha tenido verdadera necesidad de vivir. Sabemos, porque lo hemos comprobado, que al llegar a una baja temperatura la vida vegetal se interrumpe. La planta entonces queda aletargada, aunque no muerta, y algo así puede perfectamente haber ocurrido a este ser vegetal. En la baja temperatura del espacio cósmico, el hombre vegetal que nos visita ha podido dormir siglos enteros mientras la nave venía hacía nosotros guiada por un piloto automático, y no obstante parecer que está muerto, conservar íntegras las facultades de revivir al alcanzar un planeta donde se den la luz, la humedad y la temperatura adecuadas a su organismo.

Esta audaz teoría de Johansen nos dejó mudos a todos, incluso a Merrill, que le había estado rebatiendo.

El almirante Hesser tomó de manos de Calvin el leño que éste

había separado con el serrucho de la "mano" del gigante vegetal. Después de volver con repugnancia aquella cosa entre sus dedos. Hessel exclamó:

—¡Mire esto, Calvin! El leño parece que destila una gota de humedad. ¿Qué es esto?

—Savia, mi querido Almirante —repuso Calvin con un relámpago en las pupilas.

—¿Savia? — interrogó Hesser espantado—. Bueno, entonces, si yo he comprendido algo... ¿es posible que ese monstruo despierte de su letargo, ahora que probablemente ha encontrado aquí una temperatura y humedad ideales?

—Seguramente, Almirante—dijo Calvin.

—¡Dios mío!—protestó Hesser soltando el pedazo de leño que cayó al suelo—. ¿Y lo dice y se queda tan tranquilo? ¡Hay que poner grilletes inmediatamente a ese monstruo, antes que despierte y reaccione sabe Dios cómo!

# CAPITULO VII

LA noche no interrumpió la febril actividad que había comenzado con la mañana en la base aeronaval de Pensicola.

A nosotros, los del grupo "Ozma", nos habían asignado un pabellón donde, mejor o peor, podríamos dormir un rato por las noches, en los espacios que nos dejara libres la celosa vigilancia del hombre extragaláxico.

Como era de esperar que sucedería, al aumentar en número e importancia los miembros de nuestro grupo, perdimos categoría los más pequeños y humildes. Toda aquella noche estuvieron llegando aviones cargados de sabios, científicos, técnicos, personajes políticos y altos grados militares procedentes de todos los puntos del país y de fuera de los Estados Unidos.

Y no cuento a los periodistas, reporteros de revistas gráficas y camerámenes de noticiarios y cadenas de televisión, que formaban una nube y le salían a uno hasta en la salsa de tomate del desayuno.

Como que no había pegado ojo la noche anterior y estaba muerto de cansancio, yo me acosté aquella noche y me dormí incluso a pesar del estruendo de los aviones que incesantemente estaban entrando y saliendo de la base.

Cuando me levanté al día siguiente, encontré la base aeronaval tan animada como si fuese a celebrarse allí un festival aéreo. Había gente en todas partes, y la cantina estaba tan repleta de público que opté por irme a desayunar a la ciudad.

No sabía lo que me aguardaba en la ciudad.

Pensicola, esa agradable y luminosa ciudad veraniega, era como la propia base objeto de la invasión de un enorme gentío, acudido desde todos los estados vecinos y otros más lejanos todavía para ver si era posible el "monstruo" y su fantástica nave del espacio.

En las calles, los automóviles con matrículas de Georgia, Alabama, Mississippí. Arkansas, Louisiana y Texas formaban cordones interminables. Estos autos estaban ocupados por familias enteras en plan de turismo, la mayoría con sus niños. Jamás había sospechado yo que pudiera haber tanta gente desocupada, con tiempo para coger el auto y andar varios cientos de millas sin más objeto que mostrar a sus niños el monstruoso hombre del espacio.

En Pensicola, como en la base, todos los bares y restaurantes estaban copados por los curiosos visitantes. Desayuné como pude en un pequeño restaurante y decidí regresar a la base. Por supuesto,

que no había encontrado dificultades para salir, pero ya fue otra cosa intentar entrar.

El piquete de soldados de infantería de Marina que guardaba la entrada, irritado al parecer por los intentos iguales al mío que había tenido que rechazar, no quiso siquiera prestarme atención.

No quisieron siquiera dejarme utilizar el teléfono para llamar a Merrill, a Wichers o a cualquiera de mis compañeros. Y es posible que todavía me encontrara allí, si al cabo de dos horas no acierta a llegar la señorita Huggins en un taxi de la ciudad.

—¿Qué hace usted aquí?—me preguntó la señorita Huggins por la ventanilla del auto.

—Ya lo ve. He intentado convencerles de que pertenezco al grupo "Ozma", pero ni siquiera han querido escucharme. No me dejan entrar.

Deane Huggins dijo al oficial de guardia:

—Conozco personalmente al teniente Reinbach y puedo atestiguar que pertenece al grupo de los hombres de "Ozma". Le ruego que le dejen pasar.

El oficial hizo un movimiento de asentimiento. Subí al taxi y de esta forma fue como logré entrar.

—¿Estuvo usted en la ciudad?—me dijo la señorita Huggins mientras el auto corría por la pista de asfalto—. Ya habrá visto como está aquello de turistas. Y todavía se espera que lleguen más.

—Si yo fuera el hombre del espacio y me viera rodeado al despertar de tanta gente estúpida mirándome con la boca abierta, no iba a formar muy buen juicio de la inteligencia de los habitantes de este planeta—dije malhumorado, todavía irritado por el incidente que acababa de tener lugar en la puerta de entrada a la Base.

—Es natural que sea así. La curiosidad debe ser un sentimiento universal. Al fin y al cabo, es la curiosidad por conocernos lo que debe haber traído a ese monstruo hasta aquí.

—Entonces, el pobre, va a marcharse muy escamado. Por lo pronto, así despierte, se verá sujeto por grilletes en las manos y los pies. Luego conocerá por propia experiencia la crueldad de este mundo, porque es muy posible que ni siquiera le dejemos marchar.

Deane Huggins quedó un minuto pensativa. Dijo luego volviéndose a mirarme:

—¿Sabe usted? Ese es un punto muy interesante para tratarlo en mi próxima crónica.

—¿No deja de pensar un solo instante en su profesión?—farfullé fastidiado mientras el auto se detenía.

Aboné al chófer la cuenta de la carrera (fatalmente llevaba unos días pagando todas las cuentas de los demás) y luego fuimos juntos hasta el varadero donde continuaba la máquina "extragaláxica".

Un grupo numeroso de técnicos aeronáuticos daban vueltas a la nave del espacio. Había gente subida a su carlinga. Un círculo de infantes de Marina, con fusiles y bayoneta calada, rodeaban al artefacto. Sólo había diez pasos de los soldados a la máquina cósmica, mas para salvar esta corta distancia era preciso mostrar un pase firmado por el comandante de la Base.

Los técnicos aeronáuticos Estaban ansiosos de empezar a hurgar en la máquina con llave inglesa y destornillador, pero Washington no daba todavía su permiso. Washington esperaba. Todos esperábamos y no sabíamos realmente qué. Seguramente esperábamos que el hombre-planta despertara de su letargo. Pero no sabíamos, desde luego, qué sucedería cuando el monstruo despertara, y creo que en este punto radicaba todo nuestro nerviosismo y ansiedad.

Después de estar un rato contemplando la máquina nos alejamos hacia el ángulo de la Base donde el hombre-vegetal yacía aletargado.

Con gran sorpresa encontramos que habían sacado al monstruo sobre el remolque y lo tenían expuesto a los rayos del sol. Inmediatamente advertí que el color verde musgo del cuerpo del extraño ser tenía un color más vivo.

Se lo dije al profesor Calvin.

—¿Cuánto hace que no lo ha visto usted?— me preguntó Calvin.

—Hace casi veinticuatro horas, desde que ayer tarde usted le amputó un dedo.

—Ese dato sobre su color es muy interesante. Nosotros, observándole constantemente, apenas podemos apreciar un cambio tan ligero en su coloración. El clima de Florida es ideal para las plantas y esa acentuación de su color puede significar que las células empiezan a reactivar sus funciones. Por eso lo hemos sacado al sol, para que reviva más pronto.

—¿Cuánto puede tardar todavía en despertar por completo y empezar a moverse?—preguntó la señorita Huggins.

—Eso es algo que no puedo predecir.

—¿Ni siquiera con aproximación?

—Puede tardar dos semanas, tal vez un mes. En todo caso, una observación diaria de su aumento de color y lozanía, puede servirnos para predecir su total recuperación con un margen de error de pocos días.

Mientras nosotros permanecíamos allí vimos llegar un gran camión del que saltaron un grupo de forjadores en sucios trajes de faena.

Provisionalmente, el monstruo había sido maniatado con un montón de cadenas viejas y herrumbrosas. Ahora, los forjadores sacaron con gran esfuerzo del camión unos enormes grilletes unidos por sólidas cadenas de barco.

Mientras los forjadores colocaban los grilletes al monstruo, la señorita Huggins preguntó a Calvin:

—¿No es un alarde de crueldad estúpida, ponerle grilletes a una criatura que posiblemente haya venido hasta aquí animado de los mejores deseos de amistad?

Calvin afirmó con la cabeza:

—Personalmente soy contrario a esa medida. Sin embargo, Hesser lo ha ordenado y hay que considerar también su punto de vista. Creemos que la primera reacción de este ser será pacífica. Pero ahora supongamos por un momento que nos equivocáramos y el hombre-vegetal nos atacase al despertar. Alguien podría resultar con daños, y Hesser cargaría con las consecuencias por su imprevisión y negligencia.

—Después de todo- dijo Foster Merrill que estaba presente— siempre habrá tiempo después para quitarle los grilletes.

Los martillos de los operarios estaban todavía remachando los grilletes cuando la señorita Huggins nos dejó para ir a redactar su diaria crónica de los sucesos.

Sin nada que hacer, acabé de pasar aquel día muy aburrido.

* * *

Toda la acción había quedado interrumpida por el momento, a la espera de ver reaccionar al hombre- vegetal que se tostaba al cálido sol de la Florida. El día siguiente continuó la afluencia de forasteros. Llegaron más aviones cargados de científicos, de técnicos, de personajes políticos y altos cargos militares. Vinieron unos y otros se marcharon, y Pensicola pasó a convertirse así en el centro turístico mundial por espacio de varios días.

Las autoridades, al segundo día, decidieron permitir la entrada del público visitante a la base. También autorizaron la televisión del hombre-vegetal y su portentosa máquina interplanetaria. Esperaban que de este modo dejaría de afluir gente a Pensicola, pero aunque el aflujo disminuyó algo después de los primeros días, nunca dejó de ser numeroso el cordón de automóviles que esperaban ante los

accesos de la base para entrar a ver "aquello".

Durante estos días salí numerosas veces con Deane Huggins. Los dos teníamos pocas cosas que hacer, y sentíamos por otra parte la necesidad de matar el tiempo que transcurría demasiado lentamente.

El mundo entero participaba de nuestra misma ansiedad.

Cada día, en un corto programa televisado, el profesor Calvin daba lo que pudiéramos llamar el "parte facultativo" correspondiente al estado del hombre extragaláxico.

El sol, la temperatura y la humedad de Pensicola, estaban al parecer reactivando muy aprisa las paralizadas funciones vegetativas del hombre del espacio. Un aspecto humorístico de la cuestión, fue que tuviera que llamarse a eminentes botánicos para examinar a un paciente que ningún médico era capaz de entender...

Con todas estas cosas: partes "facultativos", programas de televisión, reportajes periodísticos y artículos científicos escritos por hombres eminentes, se iba preparando el clima adecuado para una gran crisis nerviosa que había de producirse el día que nuestro gigante vegetal saliera desperezándose de su largo sueño.

Una mañana, al levantarme, recibí la gran noticia:

—¡El gigante se ha movido durante la noche!

Corrí a comprobar aquello por mis propios ojos. Era verdad, el hombre del espacio se había movido. Muy poco, era cierto, pero lo suficiente para hacernos saber que empezaba a circular por sus tejidos la corriente vivificadora de la savia.

Cuando Deane Huggins vino desde la ciudad, donde se alojaba en la casa del comandante de la Base, acudió presurosa a reunirse con los hombres del "Proyecto Ozma".

—La noticia ha circulado por la ciudad—nos dijo Deane—. La gente está intranquila.

Era curioso. La gente había desfilado en número de varios cientos de miles para curiosear al monstruo, y ahora que éste daba señales de vida, por primera vez el público experimentaba una sensación de inquietud...

Deane Huggins estaba de espaldas al gigante hablando conmigo, cuando de pronto escuchamos un estrepitoso arrastrar de cadenas. Vi por encima del hombro de Deane al monstruo que se estaba moviendo, y la expresión de asombro de mis ojos alarmó a la muchacha precipitándola en mis brazos mientras pegaba un grito.

Entre los que rodeábamos al monstruo—y éramos muchos—se registró un movimiento de instintiva cautela hacia atrás.

Todo lo que había hecho el gigante, sin embargo, era estirarse y

abandonar la forzada posición medio encogida con que le sacamos del asiento de la cabina de su máquina.

—¡Dios mío, lo menos creí que se levantaba! —exclamó Deane Huggins sofocada, desasiéndose del cerco de mis brazos.

El monstruo hizo todavía algunos pequeños movimientos aquel día.

—Pasado mañana quizás se levantará—nos confió Calvin confidencialmente aquella noche.

El propósito de las autoridades era dar a entender que el hombre del espacio, a juicio de los expertos, todavía tardaría una semana en recobrar su vitalidad completa. De este modo se pretendía evitar que más gente acudiese atraída por la curiosidad de ver al monstruo "vivo" sobre sus piernas.

Aunque no esperábamos que sucediera nada, la guardia fue reforzada aquella noche alrededor de nuestro cautivo.

Aquella noche, como habíamos hecho otras muchas anteriores, Deane Huggins y yo salimos juntos. Como que Pensicola todavía seguía siendo una ciudad llena de turistas ociosos, decidimos seguir el plan de otras noches e ir a bailar y a cenar en un tranquilo club de Oriole Beach.

Tomamos el coche que teníamos alquilado en un garaje de Pensicola, y por el largo puente que cruza la bahía nos dirigimos hacia Oriole Beach.

La luna, en creciente, se levantó sobre las tranquilas aguas del mar mientras estábamos en la terraza del restaurante bajo los toldos listados de colores. La luz de la luna cabrilleaba en las ondas del mar y chisporroteaban de su claridad las palmeras que teníamos cerca. El conjunto componía un cuadro bello y permanecimos largo rato contemplándolo en silencio.

Era una noche propicia para las confidencias. Y también para una declaración de amor.

Aunque habíamos salido juntos casi cada noche y muchas tardes, era poco en realidad lo que habíamos hablado de nosotros mismos. El tema de nuestras conversaciones había sido salvo rara excepción el hombre-vegetal y su extraordinaria máquina interplanetaria.

Esta noche, también, la presencia del monstruoso ser casi parecía sentirse sobre nosotros. Pero esta noche yo no estaba dispuesto a que un ser de otro mundo, fuese hombre o planta, viniese a estropearme el plan.

Mi plan aquella noche era salir de dudas de una vez respectó a algo que había estado pensando mucho.

—Deane. ¿Le gusta el mar?

—Me gusta, como motivo decorativo. El mar es siempre grande, igual y cambiante a cada momento. También es necesario por varias razones, una de ellas para que los barcos puedan navegar por él. En este aspecto detesto al mar. En mi familia contamos media docena de generaciones de marinos. Nuestros abuelos, nuestros padres, nuestros hermanos y nuestros maridos han sido marinos. ¡Oh, tenemos en casa larga experiencia en las cosas del mar! Por eso me juré de muy niña que jamás me casaría con un marino.

—El juramento de una niña no puede forzarle a mantener una decisión irrevocable de mujer—argüí sintiendo que el terreno cedía bajo mis pies.

—No es sólo por el juramento—repuso ella—. Se trata de sentido común. Yo he visto en mi madre lo que significa tener el marido en el mar, esperar ansiosamente sus noticias, tenerle sólo cuarenta días al año en casa... Y en mi papel de hija he vivido la experiencia de criarme sin el cariño de un padre... oír hablar de él como de una persona remota que nos es extraña... no tenerle en las Navidades ni en el cumpleaños, ni en la puesta de largo... ¡Oh, no! No quiero vivir en la angustia de mi madre ni tener hijos que apenas conozcan a su padre.

— ¡Pero es que yo voy a navegar!—protesté acalorado—. Soy un técnico de radio... un especialista que en rara ocasión se ha embarcado, excepto en barcos atracados a un arsenal...

Me interrumpí. Deane Huggins me estaba mirando fijamente con una interrogante burlona en sus lindos ojos. Sentí que enrojecía y murmuré:

—Claro que debería haber empezado por decirle que la quiero...

Ella debió verme tan apabullado que seguramente le inspiré lástima. Alargó su mano y cogió la que yo tenía sobre la mesa, me la apretó cálidamente y susurró:

—Eso puede hacer las cosas distintas...

No esperaba tener tanta suerte, y desde aquel punto y momento deseé abandonar el restaurante y verme a solas con ella en la carretera.

La besé en el automóvil, durante el viaje de regreso a la base.

Ella entonces me apremió para que continuara el viaje, deseosa de llegar pronto a casa.

—Si vienes conmigo a la Base y te llevas el auto, me ahorras tener que tomar un taxi—pretexté, en un empeño por gozar más tiempo de su compañía.

—Podías dejarme en casa y llevarte el auto—dijo Deane. Y agregó riendo—: Te acompañaré, pero sólo por echarle una mirada

a nuestro amigo el gigante extragaláxico.

Cuando entrábamos en la Base todo estaba tranquilo. En un ángulo del aeródromo veíamos brillar los focos que durante toda la noche permanecían iluminando al gigante extraterrestre. Ignoro por qué esta noche se encendieron los focos también, y quien quiera que así lo dispuso cometió una estupidez. El gigante estaba bien maniatado. Y aquel día había estado dando muestra de desasosiego. ¿Por qué torturarle pues con aquellos deslumbrantes focos de luz apuntados sobre él?

Cuando nos acercábamos oímos un grito de espanto seguido de la ráfaga de una ametralladora.

Este fue otro de los errores graves que se cometieron aquella noche: no prevenir a los soldados que posiblemente, aunque improbablemente, el monstruo daría señales de vida activa en las próximas horas.

Ocurrió que el gigante, irritado en su duermevela por aquellos focos deslumbrantes, se puso en pie y empezó a moverse con torpe paso, trabado como estaba por los grilletes y las pesadas cadenas. Nunca sabremos lo que pasó por la inteligencia de este ser extraño. Sabemos que se movió en dirección a los soldados a quienes seguramente no podía ver a causa de los focos…

Un soldado le dio el alto. Luego disparó su metralleta contra el monstruo…

# CAPITULO VIII

ENTERAMENTE bajo los focos, el monstruo parecía una montaña con sus diez metros de estatura. Aunque sus brazos y piernas eran delgados en comparación con el recio tronco, éstos tenían así el grosor de un buen tronco de encina. Su único ojo, implantado en aquella cabezota disforme, fosforecía furioso bajo la potente luz. Era una imagen pavorosa en conjunto, algo tan extraño y sobrecogedor como si viéramos de pronto un árbol corpulento cobrando vida.

Detuve el auto con seco chirrido de frenos a corta distancia de donde estaban emplazados los reflectores. Dos soldados llegaron corriendo hasta nosotros.

—¡El monstruo! ¡Se ha levantado y nos ataca!

Deane y yo saltamos al mismo tiempo del coche por opuestas portezuelas. El monstruo, había levantado sus larguísimos brazos y ponía los grilletes ante su único ojo. ¡Se estaba dando cuenta de que lo teníamos encadenado!

De pronto empezó a moverse, a contorsionarse y tirar de la cadena que tenía aprisionadas sus muñecas. A mi lado, uno de los soldados apoyó la culata de su ametralladora en el hombro, disponiéndose a tirar.

Le arrebaté el arma de un manotazo al tiempo que le gritaba:

—¡Estúpido! ¿Se ha vuelto loco?

El hombre me miró como si el loco fuera yo. Deane llegó corriendo a mi lado y gritó:

—¡El monstruo! ¡Quiere romper sus grilletes!

No sólo quería, sino que lo estaba haciendo. Escuchamos un crujido como de eslabones que saltan en pedazos. Miramos y... ¡El monstruo había roto la cadena!

Uno de los recios eslabones se había abierto al parecer en la misma argolla de uno de los grilletes. Y cuatro metros de pesada cadena de ancla de barco colgaban ahora del otro grillete, en la muñeca derecha del gigante. Si él acertaba a manejar esta cadena como arma; iba a constituir un serio peligro para todos nosotros.

—¡Apaguen esos reflectores!—grité a toda voz—. ¡Apaguen esos malditos focos!

Pero los hombres habían abandonado sus puestos. Habían perdido la serenidad y corrían en todas direcciones dando gritos...

El gigante acababa de descubrir que llevaba los pies trabados con otra de aquellas cadenas. Se inclinó. Era una cosa horrenda, espeluznante a la vez y nueva ver a este ser moviéndose con movimientos dirigidos por una inteligencia tan extraña a la nuestra.

Se inclinó, agarró la cadena... ¡y la rompió!

Su fuerza debía ser auténticamente hercúlea. No es extraño. Todos hemos comprobado y a veces con asombro el extraordinario vigor de una viga maestra sosteniendo todo el peso de una casa. Ningún músculo humano, diámetro por diámetro, puede igualar a la fuerza de un tronco.

Libre ya de sus cadenas, el monstruo se enderezó en toda su enorme estatura. Su ojo, situado a diez metros de altura, semejaba el fanal de un alto faro. Comprendí que iba a hacer algo y así a Deane Huggins por un brazo obligándola a retroceder.

El monstruo avanzó en línea recta. Levantó el brazo y blandió la cadena. Muy pronto le había encontrado aplicación.

Del primer golpe recio de cadena saltó por el aire en pedazos un reflector. Otro fue apartado y enviado lejos de un furioso puntapié. El monstruo avanzó en derechura hacia nuestro automóvil, que yo había dejado con el motor en marcha y los faros encendidos...

La cadena hizo un ruido tremendo al pegar de través contra la carrocería de nuestro automóvil. La cubierta del capó saltó hecha una oblea a gran altura. Uno de los faros quedó apagado.

Retrocedía arrastrando a Deane conmigo. Por toda la base empezaban a encenderse luces y a escucharse gritos y bocinas de automóvil.

El monstruo avanzó sobre nuestro auto. Se inclinó para cogerlo, y en un alarde de fuerza extraordinaria lo levantó en vilo y lo tiró lejos por el aire.

Nuestro desdichado auto cayó de punta. El motor había seguido en marcha todo este tiempo. Cuando el motor pegó contra la pista de cemento se produjo una llamarada acompañada de una explosión. El coche empezó a arder mientras el monstruo se alejaba a grandes zancadas.

Uno de los primeros en llegar fue el profesor Calvin, acompañado de Johansen y Wichers. El almirante Hesser llegó inmediatamente detrás tripulando un automóvil "jeep" que hacía sonar insistentemente su bocina.

Hesser saltó del coche y vino hacia nosotros. Miró hacia el auto que ardía a más y mejor y preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está el monstruo?

—Rompió sus grilletes y huyó... ¡por allá!—señaló Deane

Huggins, cuya carne sentía yo temblar bajo mi mano.

Excitado como me encontraba, creo que dije algo incoherente como esto:

—Los soldados dispararon contra él... ¡Les dije que apagaran esos malditos reflectores!

Lejos, en la dirección que había escapado el monstruo, se escucharon tiros de fusil.

—Los soldados lo están hostilizando—dijo Calvin—. Debería ordenarles que se abstuvieran de disparar contra él.

—Suban a los coches—dijo Hesser secamente—. Vamos a ir tras él.

Deane y yo nos precipitamos hacia el "jeep" del almirante, que había venido a solas con el oficial que conducía. Calvin, Johansen y Wichers volvieron al coche que los había traído.

El "jeep" salió rugiendo a campo través en persecución del monstruo. Un minuto después nos deteníamos bruscamente junto a un camión volcado, donde un soldado atendía a otro que estaba tendido en el suelo.

—¡El monstruo!—gritó el soldado señalando lejos—. Saltó sobre nosotros, cogió a Steward y lo volteó en el aire. Luego arremetió contra el camión y salió corriendo.

El cochecillo volvió a rugir mientras cruzaba el campo a toda velocidad. La luz de la luna casi hacía innecesarios los faros. Llegamos a un punto de la alambrada que rodeaba la base. El gigante, al abrirse paso por allí, había arrastrado el rollo de alambre espinoso a gran distancia hasta romperlo.

—El terreno es demasiado accidentado—dijo el oficial de infantería de Marina que guiaba nuestro coche—. No podemos seguirle por aquí.

—Volvamos atrás—ordenó el almirante irritado—. Lléveme hasta el pabellón del mando.

Frente al gran pabellón del mando, al saltar del auto, nos encontramos con un grupo de excitados y alarmados hombres. El comandante de la Base salió al encuentro del almirante Hesser.

—El monstruo ha escapado—dijo Hesser concisamente—. Hay que dar el alerta a los habitantes de la ciudad y la comarca. Y hay que destruir a esa alimaña también.

Calvin escuchó la orden del almirante y se acercó a protestar:

—¡Usted no puede hacer eso! Hemos esperado durante días a que ese hombre despertara, sólo porque tenemos la esperanza de que él nos revele de su mundo tantas cosas como nosotros jamás llegaríamos a conocer por otros medios... ¿Y ahora quiere

destruirle?

—Eso no es un hombre, Calvin, sino una alimaña que constituye un grave peligro para los habitantes de esta región—repuso Hesser secamente.

—Aun así, Almirante, debe haber algún medio de reducirle a la impotencia, antes de apelar al supremo recurso de ordenar su destrucción. Siempre estaremos a tiempo de destruirle, pero piense que una vez lo hayamos hecho, ninguna fuerza humana será capaz de devolverle la vida.

—Lo siento, profesor—dijo Hesser—. Usted ve las cosas bajo el punto de vista de la Ciencia pura. Yo debo pensar además en las vidas que en este momento se encuentran en peligro.

Hesser entró en el pabellón seguido del comandante de la Base y los demás quedamos afuera mirándonos consternados.

* * *

La luz del alba tendía una línea de color purpurino sobre el horizonte cuando en la Base recibimos las primeras noticias del paradero del monstruo. El informe fue transmitido por uno de los helicópteros de la base que habían salido a patrullar los alrededores de la ciudad.

El monstruo, al parecer, había sido entrevisto entre la niebla junto a la ribera occidental de Bayou Chico. La niebla matutina estaba espesando en aquellos momentos, pero el piloto creía que el fugitivo se había echado a nadar al sentir sobre sí el helicóptero. Si estos informes eran ciertos y el monstruo cruzaba a nado la bahía, la ribera que encontraría al otro lado sería término municipal de Pensicola.

Nos hallábamos en la sala de recreo de los pilotos de la Base, la misma sala donde días atrás habíamos esperado varias horas impacientes para que amaneciera antes de dirigirnos al encuentro de los barcos que anunciaban haber rescatado el cohete cósmico del mar.

Apenas supimos esta noticia, Deane Huggins echó mano a su cámara fotográfica y se puso en pie.

La retuve por la manga.

—¿Puede saberse dónde vas?

—Voy a ver si encuentro a ese monstruo en la ciudad. La radio ha estado dando la voz de alarma desde las dos, pero nadie escucha la radio a partir de esa hora. Por lo tanto, la primera noticia que tengan los habitantes de Pensicola de la fuga del monstruo, será

quizás cuando se levanten y miren por la ventana a la calle. Habrá pánico. Y si lo hay no quiero perderme aquello.

Las dos semanas que conocía a Deane Huggins me habían convencido de la inutilidad de pretender retenerla cuando su profesión la llamaba a alguna parte.

—Está bien. Si no hay más remedio iré contigo.

Al salir del pabellón vimos un camión de la Marina lleno de soldados de infantería completamente equipados, incluso con "bazookas" y aparato transmisor de radio. Como en el intervalo, desde que el monstruo huyó y esperamos sus noticias, yo me había puesto mi uniforme de marino, no fue difícil hacer que el auto se detuviera a mis señas.

—¿Van hacia la ciudad?—pregunté al teniente que iba en el pescante junto al conductor.

—Sí, suban—dijo el teniente.

Nos incrustamos en la cabina. El camión arrancó.

—Nos han ordenado destruir a ese monstruo con bazookas y granadas contra carros —nos dijo el teniente—. Si no podemos matarle debemos procurar hacerle salir de la ciudad para que los aviones puedan atacarle desde el aire con proyectiles cohete y bombas de fósforo.

Como seguramente le había ocurrido al profesor Calvin aquella noche, sentí cólera sorda contra los hombres que así ordenaban, tajante y terminantemente, la destrucción de nuestro "hombre del espacio".

Como el resto de los hombres del "Proyecto Ozma", yo me había acostumbrado a considerar el gigante como algo muy nuestro, algo que nosotros habíamos hecho con nuestro propio esfuerzo y nadie tenía derecho a maltratar o destruir.

Mientras íbamos por la carretera hacia la ciudad, yo podía escuchar detrás de mí, en la caja del camión, el pitido del transmisor comunicando en Morse. Como oficial de Transmisiones, maquinalmente me puse a deletrear entre dientes el mensaje que estábamos recibiendo. Dije en voz alta después de escuchar unos momentos:

—El monstruo salió de Bayou Chico y cruza la vía férrea en dirección al casco de la ciudad.

—¿Cómo lo sabe?—me preguntó el teniente.

En este momento asomó un soldado por la ventanilla de atrás de la cabina y anunció:

—El monstruo ha salido de Bayou Chico y ha cruzado las vías férreas hacia el centro de la ciudad.

El oficial guardó silencio. Poco después alcanzamos el puente sobre Bayou Chico. Aunque la luz del día estaba aumentando con rapidez, todavía la espesa niebla nos impedía ver la superficie del mar desde lo alto del puente colgante.

El oficial dijo:

—Seguramente encontraremos al monstruo en la calle Government o en la Avenida Garden. Vamos a ir primero por Government.

Después de Bayou Chico la niebla empezó a aclarar con rapidez. La carretera que seguíamos se convirtió en calle bordeada de palmeras, con espesas arboledas a ambos lados entre cuyas frondas se entreveían apenas las casitas rodeadas de jardín. Esta carretera se elevaba dos veces para salvar por encima la vía férrea y al llegar a uno de estos puentes nos detuvimos.

Echamos pie a tierra para otear desde el puente el espacio que abarcábamos en rededor. Todavía la niebla se agarraba a la tierra húmeda y dificultaba la visión.

Volvimos al camión y reemprendimos la marcha.

No tardamos nada en alcanzar el cruce de la calle Government, donde las casas perdían su aire de recatadas quintas residenciales y formaban a ambos lados detrás de verdes setos y retazos de césped muy cuidado. En este cruce estuvimos a punto de arrollar un coche de la policía que venía a toda velocidad haciendo sonar su sirena.

—Vamos detrás—dijo el teniente señalando en la dirección que había tomado el patrullero.

Mientras íbamos a buena marcha por la calle Government veíamos a las amas de casa en bata y a los hombres con la maquinilla de afeitar en la mano, asomando sorprendidos por las ventanas de sus casas. Muy poca gente sabía aun entonces de la escapatoria del gigante, pero la voz empezó a correr como un reguero de pólvora de uno a otro jardín de las casas y de una a otra ventana.

De pronto vimos el coche de la policía detenido en un cruce junto a otros dos coches patrulleros. Los policías nos estaban esperando. Uno corrió a encaramarse al estribo de nuestro coche y nos gritó:

—¡En esa calle! ¡Echen por ahí... y hagan algo, por Dios, para detener a ese monstruo!

Apenas doblamos la esquina, nuestro conductor metió a fondo el pedal del freno. El gigante venía por la calle en dirección a nosotros. Estaba sólo a unos treinta pasos de distancia y nos pareció enorme.

—Salten del camión—grité abriendo la portezuela que estaba a mi lado.

El conductor intentó meter la marcha atrás para retroceder.

—¡Salten del camión!—volví a gritar.

Deane brincó al asfalto mientras los soldados lo hacían precipitadamente por detrás. Intrépidamente, Deane Huggins montó su cámara fotográfica. La cogí de un brazo y la arrastré de un tirón contra un seto.

El gigante movió sus largas zancadas hacia nosotros. Su cadena silbó en el aire antes de caer con estruendo contra el camión. Se inclinó, cogió el camión militar por la parte delantera y lo levantó haciéndolo volcar.

El conductor del camión quedó atrapado dentro.

Me volví hacia Deane y la vi cargando de nuevo su cámara. Había sacado una fotografía del monstruo en el momento que éste volteaba el camión. El gigante pasó por delante nuestro y en este momento advertí al conductor del camión entre las retorcidas planchas de la cabina, que nos llamaba sollozando a gritos.

Los soldados habían corrido a esconderse detrás de los árboles y los setos. Algunos acudieron en nuestra ayuda, mientras el resto se apresuraba a montar sus "bazookas". Escuchamos un fragor de cadenas que hacía retemblar el asfalto. Un tanque pesado apareció en el extremo de la calle, por donde había salido el monstruo. Vi el largo cañón de la torrecilla del tanque girar y levantarse apuntando al monstruo...

El hombre del espacio había llegado a la encrucijada donde estaban los coches de la policía. Se escucharon disparos y vi por lo menos un par de bombas de gases lacrimógenos romperse y humear contra su recio corpachón.

El monstruo levantó un pie, enganchó uno de los coches y lo volcó en medio de la calle. Su enorme cadena cayó sobre otro de los coches y hundió con estruendo el techo de éste. El cañón del tanque disparó, pero tal vez por la precipitación o el nerviosismo de los artilleros, la granada no dio en el monstruo y dio contra una alta palmera que había detrás...

La granada estalló. Esquirlas de metralla pasaron silbando sobre nuestras cabezas mientras sacábamos al soldado atrapado en la cabina del camión. La palmera crujió y su copa cayó con ruido sobre la calle...

El monstruo vio esto; Lo vio y seguramente estableció las debidas comparaciones entre sí mismo y aquel pariente suyo, también perteneciente a la gran familia vegetal. Se volvió con

rapidez que bien pudiéramos llamar humana, vio el tanque y se inclinó ligeramente. Comprendí que se disponía a luchar contra el tanque y ordené a los soldados y a Deane que se apartaran de allí.

Mientras retrocedíamos hacia una de las casitas rodeada de césped, el monstruo volvió atrás contra el tanque. Este se había detenido y su cañón se movió apuntando más alto a medida que el extraordinario ser se le acercaba.

Entonces, un soldado que había quedado tras un seto, levantó su "bazooka" y disparó.

La granada pegó en el costado del "hombre del espacio" e hizo explosión con estruendo. Al disiparse el humo vi a nuestro monstruo que tenía un buen agujero en su costado derecho. El gigante se tambaleó.

El cañón del tanque hizo fuego a su vez.

La granada del tanque alcanzó al monstruo en mitad del tronco. Pedazos de metralla y astillas de madera saltaron entre el fuego y el humo de la explosión.

Un gran boquete humeante había abierto la granada del tanque en el pecho de nuestro hombre extragaláxico.

El monstruo perdió el equilibrio y cayó de "espaldas" encima de uno de los coches de la policía en la encrucijada. El auto quedó aplastado completamente bajo el formidable peso de aquella mole vegetal.

Todavía estaba el monstruo en tierra, cuando el tanque rugió y echó a andar sus cadenas, cargando valientemente de frente. La máquina acorazada, con sus 20 toneladas de buen acero americano, se encaramó sobre uno de los monstruosos pies de aquella horrible criatura. Los dientes del juego de orugas mordieron y destrozaron la fibra vegetal del miembro extraterrestre. Luego el tanque quedó atascado, incapaz de seguir adelante.

En este momento vimos brotar del auto que estaba bajo el corpachón del gigante unas pequeñas lenguas de fuego que pronto se alzaron en incendio voraz. La gasolina del auto estaba ardiendo.

Pero el monstruo lo ignoró, porque en aquel instante había comenzado una épica lucha a brazo partido con el tanque.

Primero se incorporó, enarboló la cadena y dejó caer sobre la máquina un golpe terrible. La cadena saltó en pedazos sin que nuestro tanque sufriera mayor daño que una abolladura. El monstruo entonces alargó sus sarmentosos brazos y atrapó al tanque...

Hubo un forcejeo épico entre el gigante vegetal y las 20 toneladas de acero de nuestro tanque. Luego, lentamente, el tanque

empezó a decantarse... ¡y volcó!

Libre su destrozado pie, el gigante se puso en pie. De sus espaldas salían llamas y espeso humo. Era que la gasolina del auto le había empapado. El depósito del auto hizo explosión en este momento y una llamarada envolvió a nuestro hombre del espacio...

El monstruo pareció enloquecer con el dolor de sus quemaduras. Braceó desesperadamente y echó a correr como una antorcha viviente que iba sembrando el terror por donde pasaba.

Estupefacto había presenciado toda esta escena, mientras a mi lado Deane Huggins disparaba una y otra vez su insaciable cámara fotográfica. El monstruo salió de nuestra vista al tomar la calle Government, aunque pudimos seguir su rastro de lejos durante un buen rato por la humareda que iba dejando atrás y nosotros veíamos por encima de las casas y la arboleda.

—¡Corramos!—me dijo Deane tirándome de una manga—. Tenemos que seguirle a donde vaya.

En el cruce de la calle Government, donde crepitaba el coche de la policía envuelto en llamas, nos encontramos con dos camiones de la Marina llenos de soldados con "bazookas". El almirante Hesser en persona ocupaba con el conductor el pescante del primer camión. Le hicimos señas para que se detuviera.

—¡Dense prisa!—nos gritó el almirante abriendo la portezuela.

Deane se metió dentro de la cabina y yo cerré la portezuela y me colgué del pescante.

Mientras íbamos por la calle a toda velocidad encontrábamos huellas del paso del monstruo. Dos autos volcados, un reguero de charcos de gasolina humeante y algunas personas víctimas de ataques de histeria.

El monstruo había tomado la calle por donde nosotros habíamos venido. En su loca carrera que le llevaba acaso sin saberlo de regreso a la Base aeronaval, se había cruzado con más de veinte camiones y automóviles cargados de soldados que iban en su busca. Todos los ocupantes de estos vehículos habían visto pasmados el paso del gigante, corriendo a grandes zancadas como el ogro del cuento de las botas de siete leguas.

Cuando alcanzamos el puente sobre la bahía le vimos todavía corriendo hacia la base. El fuego se había apagado, aunque todavía humeaba.

—¡Vuelve hacia la Base!—exclamó Deane en el colmo de la excitación.

—¡Pise a fondo el acelerador! —rugió el almirante volviéndose hacia el soldado que conducía—. Esa condenada alimaña es capaz

de intentar huir con su cohete.

Probablemente el monstruo alcanzó a divisar su máquina desde el puente (no olvidemos que su ojo estaba situado a diez metros de altura, o sea, a la altura de la azotea de una casa de dos pisos), y si la vio vería en ella su única tabla de salvación.

Mientras íbamos como locos por la carretera, le vimos entrar en la base. Sentí entonces algo así como una gran alegría. Porque adiviné que él lograría escapar. Todos los soldados que guarnecían la Base se encontraban en la ciudad o regresaban tras nosotros en una fila de camiones. Ninguna fuerza se le opondría.

Entramos en la base chirriando sobre dos ruedas y corrimos desaforadamente por la pista de asfalto hacia el varadero. Alcanzamos y dejamos atrás un pequeño grupo de hombres entre los que reconocía a Calvin, a Johansen, a Wichers y a Merrill.

—¡Allí está!—señaló Deane Huggins con su dedo.

El hombre del espacio se encaramaba a su prodigiosa máquina interplanetaria. Aunque destrozado, nos había vencido en la larga carrera y nos iba a vencer también en el último "round".

El camión se detuvo chirriando sobre sus llantas clavadas por los frenos.

—¡Todo el mundo a tierra!—bramó el almirante—. ¡No le dejéis escapar!

Salté del pescante a tierra y me quedé mirando al monstruo. Los soldados saltaban apresuradamente por la trasera del camión, corrían un trecho y se detenían clavando la rodilla en el suelo mientras se echaban al hombro las "bazookas".

Furioso, el almirante gritaba a sus hombres.

—¡Fuego! ¡No pierdan más tiempo! ¡Fuego!

El hombre del espacio estaba en su cabina. Se volvió a mirarnos, y verdad o imaginación mía, me pareció que la expresión de su único y enorme ojo era de asombro, de horror y decepción.

La cubierta de sólido acero empezó a descender lentamente sobre su cabeza.

Una granada cruzó el aire dejando un largo penacho de humo y pegó en el costado de la nave del espacio. La máquina no mostró siquiera una abolladura en su lisa y brillante superficie. Otras dos o tres granadas alcanzaron sucesivamente al cohete mientras la cubierta ocultaba completamente al monstruo y encajaba con un chasquido.

—Es inútil—rugió Hesser exasperado, y dejó caer sus brazos en actitud abatida—. ¡Alto el fuego!

Se hizo súbito silencio. Y en este silencio se escucharon los pasos

precipitados de Merrill y Wichers, que más jóvenes que Calvin y Johansen habían sacado un trecho de ventaja a éstos y llegaron antes.

Con la respiración entrecortada, mis dos compañeros del "Proyecto Ozma" se detuvieron a nuestro lado.

Escuchamos un sordo zumbido. Era un sonido extraño, grave, profundo, que hacía vibrar los metales y uno sentía percutir en el propio organismo, un sonido jamás escuchado en la Tierra. Un halo luminoso envolvió a la máquina del espacio. Los soldados retrocedieron intimidados. Los demás nos quedamos contemplando aquel fenómeno con ojos desorbitados de espanto...

La máquina de pronto empezó a separarse del tren del varadero donde había quedado desde que la sacamos del agua. Flotó al parecer con la ligereza de una pluma, como un globo henchido de helio. De sus tres motores fuselados, uno a cada lado y otro atrás y arriba, salieron largos chorros de un polvillo luminoso... La nave empezó a moverse hacia adelante a medida que se elevaba... aceleró...

Boquiabiertos quedamos contemplando aquel despegue fantástico. La nave del espacio se alejó volando sobre la bahía, describió un suave arco con su triple chorro de polvillo dorado y se alejó en dirección al sol que en estos momentos salía por el horizonte como una gigantesca moneda de oro.

En unos pocos minutos la nave desapareció de nuestra vista, disuelta en el espacio por la fuerte luz del sol. Escuché un suspiro a mi lado. Me volví, era Calvin.

—Lo perdimos—dijo el sabio moviendo apenado su cabeza—. Y nunca lo volveremos a ver. Perdimos la mayor oportunidad de nuestra historia de conocer a los seres que habitan en otros mundos, y la perdimos por nuestra torpeza y nuestra estupidez.

—¿Qué le ocurrió?—pregunté—. ¿Por qué cree usted que reaccionó de esa manera?

—¿Cómo hubiera reaccionado usted si, dormido en el espacio a poco de abandonar la Tierra, despertara en un mundo completamente extraño, tal vez en una oscuridad que ellos no conocen, y se viera rodeado de luces deslumbradoras y extraños seres que le amenazan con sus armas? ¿Qué esperaría usted de unos seres desconocidos que le habían maniatado como a una fiera?

Miré con el rabillo del ojo a Hesser, que permaneció grave y ceñudo a un lado. El profesor concluyó:

—La impresión que de nosotros llevará esa criatura no será muy halagüeña, y eso es lo que me entristece. Por lo demás, puede que

toda la culpa no sea nuestra. ¿Cómo ha reaccionado el ser humano a lo largo de la historia ante otros seres de cultura distinta y extraña a la suya? Siempre igual, combatiéndolos. Quizás esa criatura esperara encontrar en este mundo seres idénticos a él. Cuando vio que no era así, reaccionó como cualquiera de nosotros habría reaccionado en su caso. Y esa reacción es precisamente lo que le coloca en la categoría de ser humano...

Me volví a mirar a Deane Huggins. Ella me miró a mí y sonrió.

Me sentí feliz. Feliz porque el hombre del espacio lograse escapar, y porque todo había terminado bien.

F I N

# ROBERTO ALCAZAR
# Y
# P E D R I N

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadores
aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIO
SE LAS RECOMENDAMOS
si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones
RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTA
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

# COLECCION LUCHADORES DEL ESPACIO

## ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

95.—¡Ha muerto el Sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'Hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'Hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley.*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita, *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.*
111.—El experimento del Dr. Kellman, *J. N. O'Hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla, *Profesor Hasley.*
115.—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda, *Robin Carol.*
117.—El silencio de Helión, *Robin Carol.*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'Hara.*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria, *George H. White.*
121.—Lucha a muerte, *George H. White.*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Profesor Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Profesor Hasley.*
127.—Energía «Z», *Profesor Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
129.—El túnel transatlántico, *Profesor Hasley.*
130.—El mundo subterráneo, *Profesor Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennett.*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennett.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Bennett.*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*

138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling.*
144.—Nosotros los marcianos, *Karel Sterling.*
145.—El doble fatal, *Joe Bennett.*
146.—La ruta perdida, *Karel Sterling.*
147.—Embajador en Venus, *Van S. Smith.*
148.—El astro prohibido, *Joe Bennett.*
149.—Niebla alucinante, *C. Aubrey Rice.*
150.—La hierba del cielo, *Joe Bennett.*
151.—¡Nos han robado la Luna!, *Joe Bennett.*
152.—Rutas ignoradas, *J. Negri O'Hara.*
153.—Un cadáver en el aerolito, *Henry Keystone.*
154.—La Diosa de Venusio, *Joe Bennett.*
155.—Condenados a morir, *Joe Bennett.*
156.—La barrera de las sombras, *A. S. Jacob.*
157.—Las huellas conducen... al infierno, *Van S. Smith.*
158.—El Planeta de nadie, *Henry Keystone.*
159.—Regresaron dos muertos, *Joe Bennett.*
160.—El mundo de los seres condenados, *J. Negri O'Hara.*
161.—El Planeta maldito, *F. Danger.*
162.—Asesino interplanetario, *Henry Keystone.*
163.—Extraños en la Tierra, *Van S. Smith.*
164.—Marionetas humanas, *Vic Adams*
165.—La nave pirata, *Joe Bennett.*
166.—Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett.*
167.—Cuatro a Mercurio, *Peter Kapra.*
168.—Donde empieza el límite, *J. Negri O'Hara.*
169.—La onda invencible, *Joe Bennett.*
170.—Eratom 225, *Prof. Hasley.*
171.—Después de la hora final, *Van S. Smith.*
172.—Bases submarinas, *J. Negri O'Hara.*
173.—Nieblas blancas, *P. Danger.*
174.—Submares de muerte, *Joe Bennett.*
175.—La espacionave del terror, *Joe Bennett.*
176.—Las estrellas amenazan, *Van S. Smith.*
177.—Rebelión en la galaxia, *V. A. Carter.*
178.—El umbral de la Antártida, *P. Danger.*
179.—Los hombres del más allá, *P. Danger.*
180.—Bloqueo en el espacio, *Ray Kualiter.*
181.—La muerte azul, *V. A. Carter.*
182.—Un mensaje en el espacio, *Van S. Smith.*
183.—Viaje hacia la muerte, *Prof. Hasley.*
184.—¡Descohesión!, *P. Danger.*
185.—La nueva raza, *V. A. Carter.*
186.—El extraño viaje del Dr. Main, *Van, S. Smith.*

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** pesetas